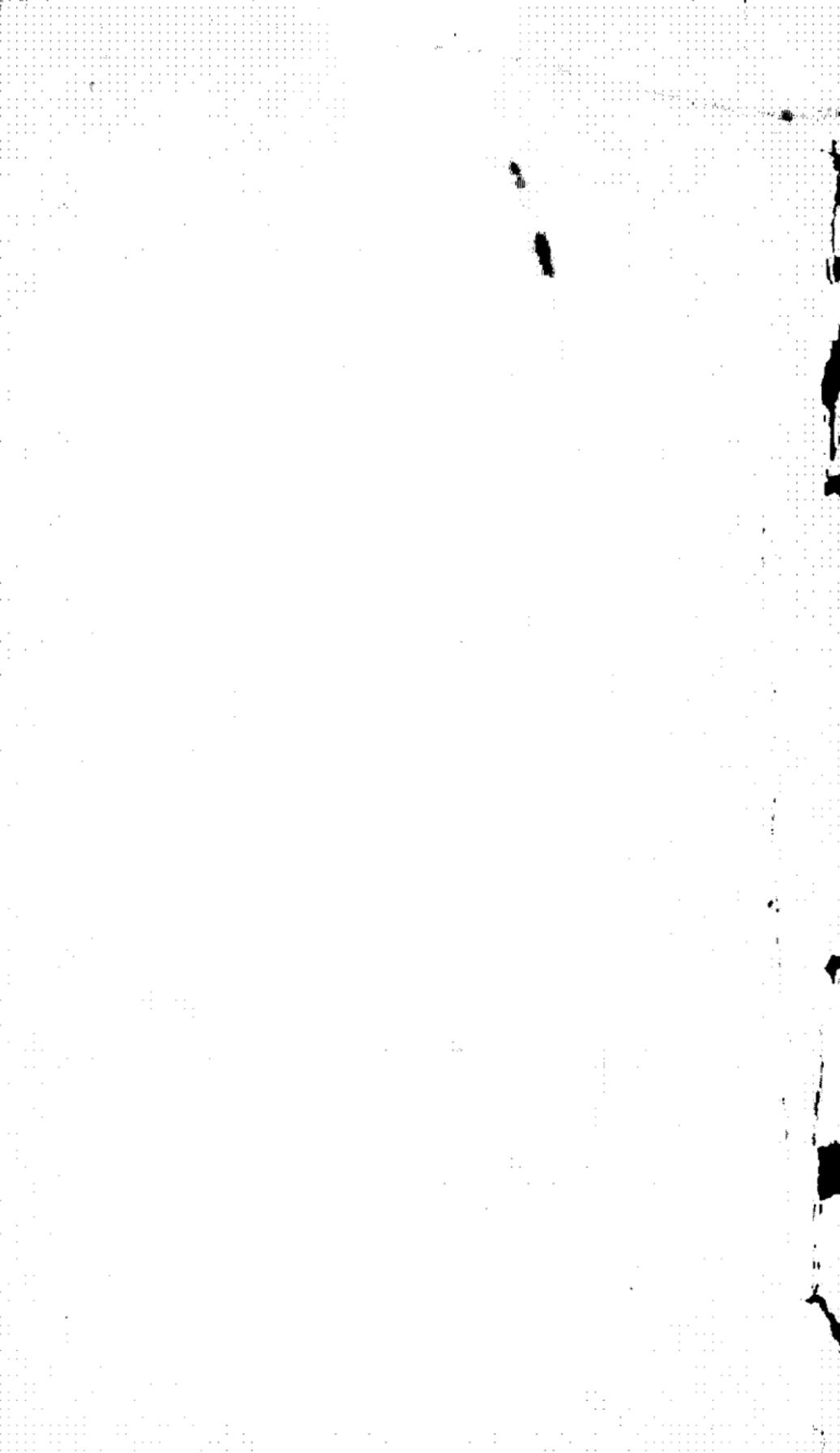
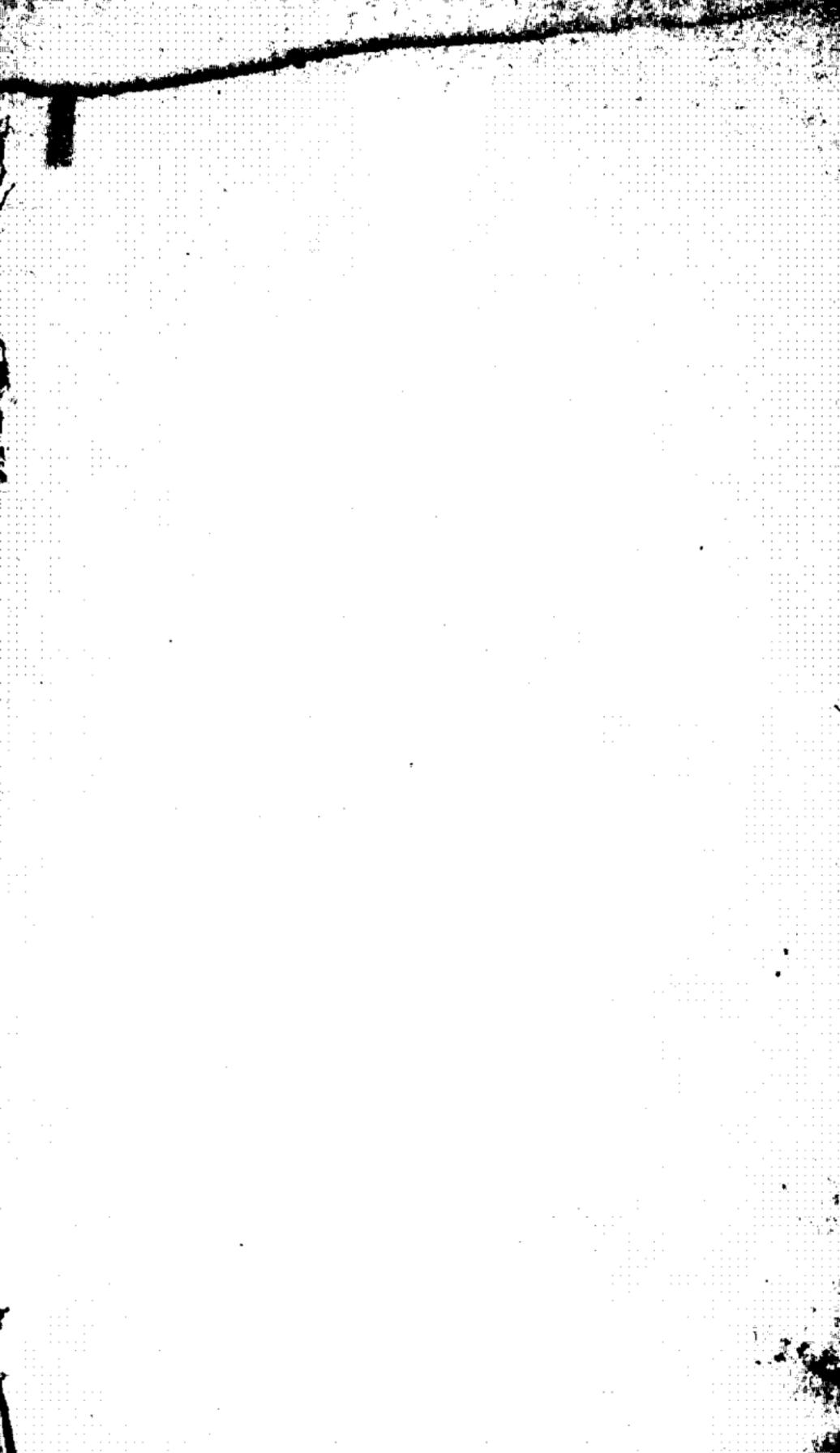
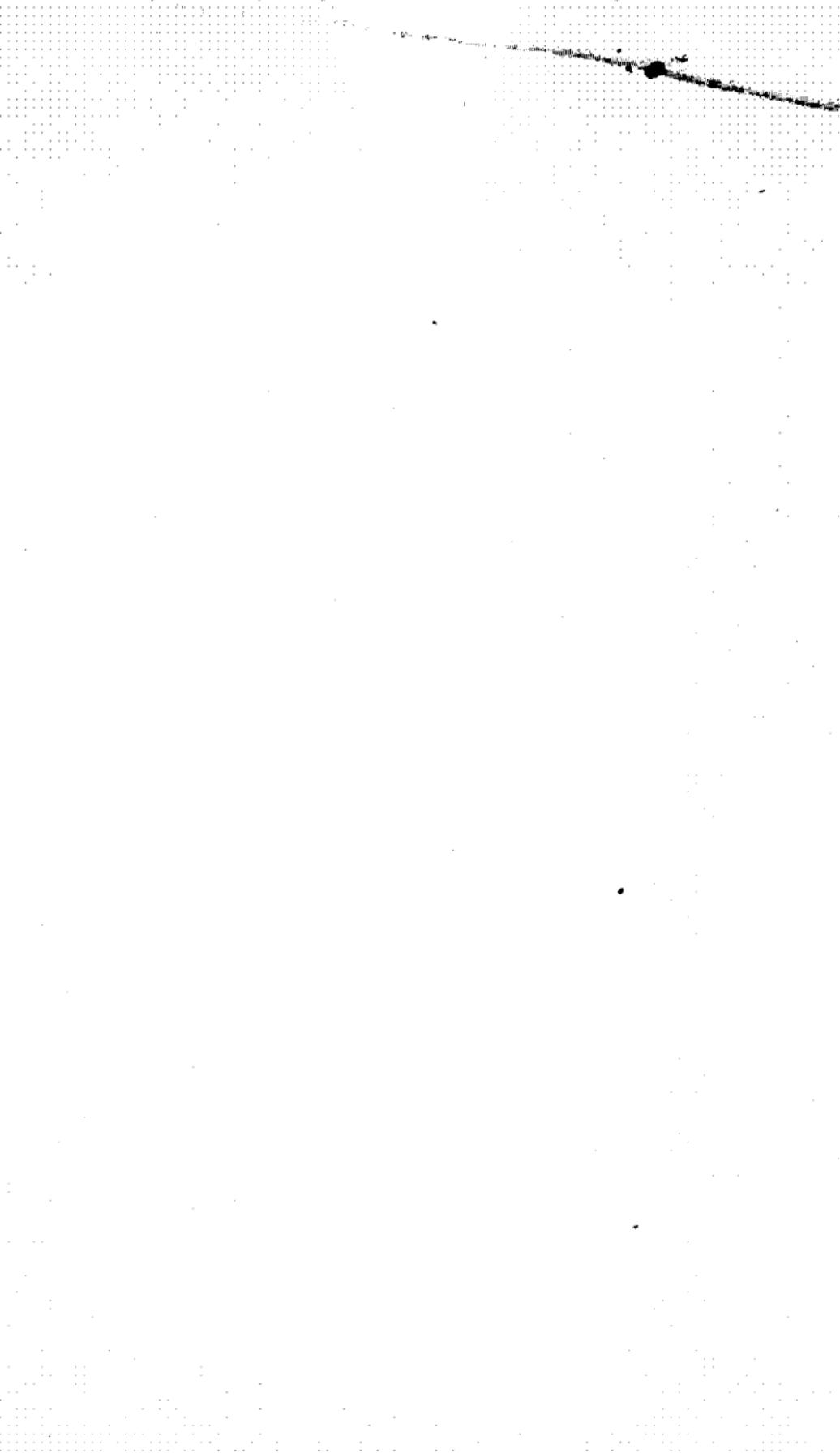


EL TANTO POR CIENTO.







**EL TANTO POR CIENTO.**

LIBRERIA DE CUESTA  
CARNETAS 3 MADRID

1899 The Curator 30

Supp General

Wm. C. C. C.

# EL TANTO POR CIENTO.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe, á beneficio  
de Doña Teodora Lamadrid, el día 18 de Mayo de 1801.



OCTAVA EDICION.

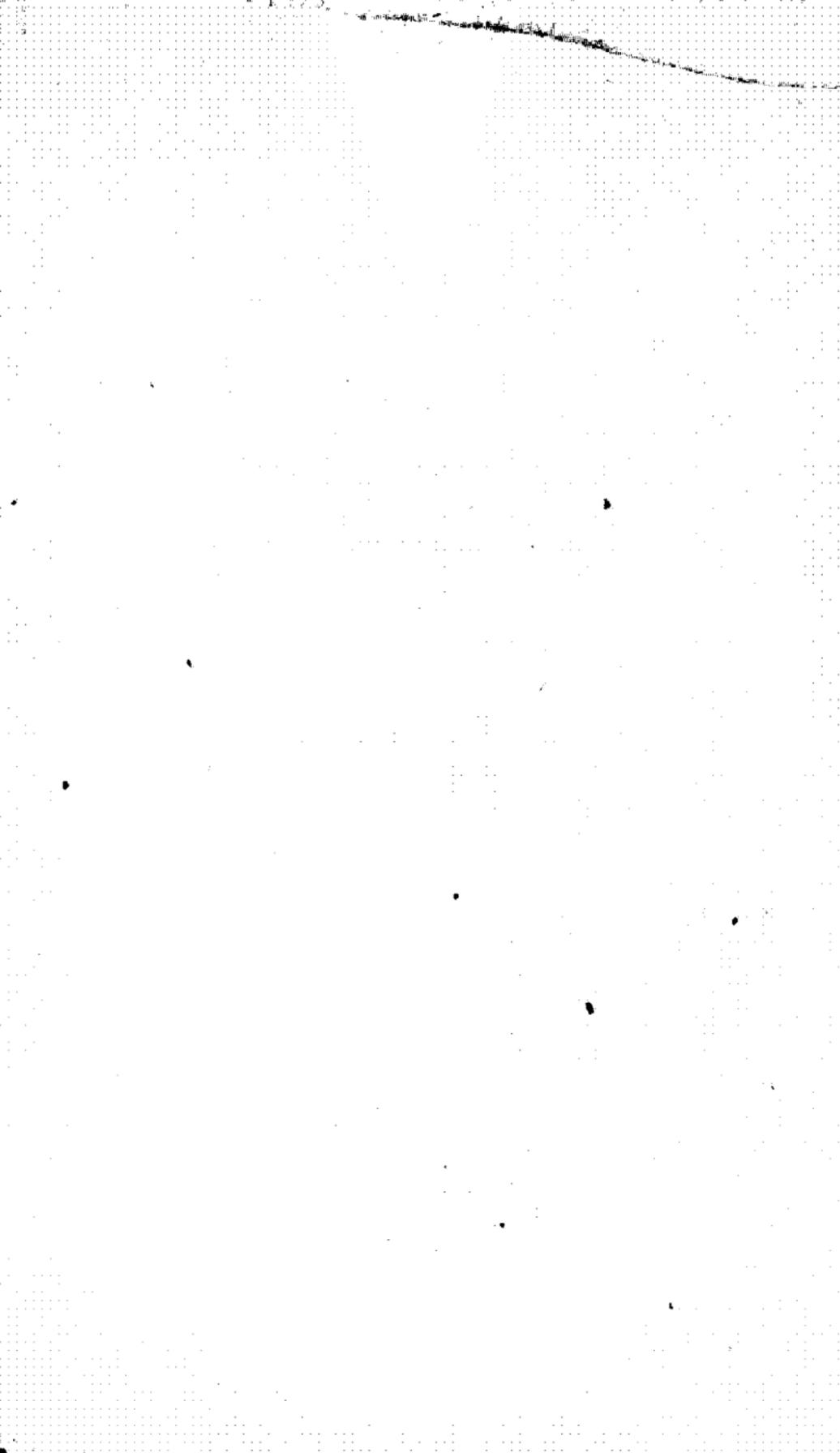
MADRID,

~~IMPRESOR~~ Y FUNDICION DE M. TELLO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23.

1878.



AL SR. D. CRISTINO MARTOS,

EN PRENDA DE PRATERAL CARIÑO.

SU MEJOR AMIGO,

Adelardo.

**PERSONAS.****ACTORES.**

ISABEL, condesa viuda...	DOÑA TEODORA LAMADRID.
PETRA.....	DOÑA BALBINA VALVERDE.
RAMONA.....	DOÑA ELISA BOLDUM.
PABLO.....	SR. DELGADO.
ROBERTO.....	SR. CASAÑÉ.
GASPAR.....	SR. ALIBRDO.
SABINO.....	SR. FERNANDEZ.
ANDRÉS.....	SR. PASTRANA.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada *El Teatro*, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

## ACTO PRIMERO.

*Jardin de una casa de baños en las Provincias Vascongadas. En el fondo la fachada principal del establecimiento.*

### ESCENA PRIMERA.

PETRA. GASPAS y ROBERTO, de pié y alrededor de una mesa, examinan un plano. ANDRÉS, á la derecha, sentado en una silla y leyendo un libro ó un periódico.

ROBERTO. Bien merece esta mejora  
la proteccion oficial.

*Señalando el plano.*

GASPAR. Sí; Despues de mirarlo,  
prolongais el canal  
de Castilla.....

ROBERTO. Hasta Zamora:  
que segun lo pobre y flaca  
que la vemos en el día,  
parece que todavia  
la gobierna Doña Urraca.  
El ramal en construccion  
agua llevará á su seno,  
que fecunde su terreno  
y exporte su produccion.  
Zamora con su influencia  
podrá, moviendo las canas,  
competir con sus hermanas  
Valladolid y Palencia.  
Yo siempre á cualquier proyecto  
el bien general asocio,  
y hago, al hacer mi negocio,  
el de todos.

GASPAR. En efecto:  
mas si tienes un desliz...

PETRA. Compra siquiera una acción.

ROBERTO. Canal de navegacion,  
de riego y fuerza motriz.

PETRA. (Extrañando la frase.)  
¿Fuerza motriz?...

ROBERTO. Impulsiva  
de una máquina cualquiera.

PETRA. ¿Y es productora?

ROBERTO. ¡Friolera!  
Productora y productiva:  
el recurso más feliz  
que á la ciencia se ha debido.

PETRA. ¿Si tuviera mi marido  
alguna fuerza motriz!

ROBERTO. Ya tenemos media caja  
construida.

GASPAR. Pronto cobras.

ROBERTO. Están paradas las obras  
y las acciones en baja.  
(Petra y Gaspar le miran con sorpresa.)

Esclusas, desmontes hondos,  
fábrica y puentes de paso,  
aunque el fondo no era escaso  
nos han dejado sin fondos.

GASPAR. Mas esta es obra sin duda  
que á la provincia interesa,  
y al momento que la empresa  
ante las Cortes acuda,  
ó crédito ó numerario  
alcanzareis.

ROBERTO. Lo sospecho.

GASPAR. Pues hacedlo.

ROBERTO. Ya está hecho.

GASPAR. ¿Pedisteis?...

ROBERTO. Lo necesario:  
una subvencion que alcance  
á cubrir el compromiso.

PETRA. Y ¿la darán?

ROBERTO. Es preciso  
conseguirla á todo trance.

- PETRA. Y ¿se podrá terminar la obra?
- ROBERTO. Habiendo millones...
- PETRA. Y ¿subirán las acciones?
- ROBERTO. Sin duda.
- PETRA. Compra, Gaspar.
- GASPAR. ¿Qué?
- PETRA. Papel, antes que cobre más valor. En fin, haz algo.
- GASPAR. Yo de mi paso no salgo.
- PETRA. Pues nunca saldrás de pobre. ¿Primo?
- ANDRÉS. ¿Qué? (Suspendiendo la lectura.)
- PETRA. ¿Compras papel del canal?
- ANDRÉS. ¿Agua? No quiero.
- ROBERTO. ¿Por qué ha de buscar dinero quien es tan rico?
- ANDRÉS. ¡Cruel! (Sigue leyendo.)
- ROBERTO. Si el gobierno nos concede la subvencion y cobramos...
- PETRA. Pues ¿quién lo dada?
- ROBERTO. Y llegamos á Zamora...
- PETRA. ¿Qué sucede? (Pausa corta.)
- ROBERTO. ¡Mil negocios! ¡Y uno loco!
- PETRA. ¿Comprar barcas?...
- ROBERTO. Es más vasto.
- PETRA. ¿Hacer molinos y gasto de fuerza motriz?
- ROBERTO. Es poco.
- PETRA. Pues esto produce un tanto...
- ROBERTO. ¡Oh! tu mujer segun veo, tiene genio... (Con entusiasmo, á Gaspar.)
- GASPAR. ¡Ya lo creo! (Dimelo á mí que lo aguanto.)
- ROBERTO. Mire usted, este es mejor: en estos pueblos... (Señalando el plano.)
- PETRA. A ver...
- ROBERTO. Castronuevo... (Leyendo en el plano.)

- PETRA. Si.
- ROBERTO. Belver...  
Tordehumos...
- PETRA. Si, señor.
- ROBERTO. Hay terrenos de sequeño  
que ofrecen ganancia cierta,  
cuando el canal los convierte  
en tablas de regadío.  
Antes, logrando comprar  
algunas tierras...
- PETRA. ¿Algunas?
- ROBERTO. O muchas: se hacen fortunas  
inmensas.
- PETRA. Compra, Gaspar.
- ANDRÉS. ¿Buen negocio!  
(Soltando el libro y acercándose á la mesa.)
- GASPAR. Lo que es este  
no es malo.
- PETRA. Pues hazlo.
- GASPAR. Pero...
- PETRA. ¿Qué pero? Si no hay dinero,  
que la Condesa te preste.  
Por nosotros se interesa:  
tú le administras sus bienes...
- GASPAR. ¿Y tú por seguro tienes  
que vendan... (A Roberto.)
- ANDRÉS. (Bajo á Petra.) Di: la Condesa...
- ROBERTO. (Paseando con Gaspar.)  
Averiguarlo pretende  
mi encargado, y hasta ahora  
no sé...—Amigo, tu señora  
lo entiende.
- GASPAR. ¿Qué es lo que entiende?  
(Se paran.)
- ROBERTO. Que es respetable sujeto  
el oro, y busca con brio.
- GASPAR. Pues ahí veras; trata el mío  
con poquísimo respeto. (Siguen paseando.)
- PETRA. La vindita...
- ANDRÉS. Me contenta.

- PETRA. Te enamora y te conviene;  
que si eres rico, ella tiene  
quince mil duros de renta
- ANDRÉS. Dime: ¿Pablo la siguió  
á Bayona?
- PETRA. También fui  
yo á Bayona.
- ANDRÉS. ¿Y ahora aquí  
la sigue?...
- PETRA. Y aquí estoy yo.
- ANDRÉS. (Bajando la voz y con alegría.)  
¿En relaciones estás  
con Pablo?
- PETRA. ¡Chico! Soy fiel.
- ANDRÉS. ¿Tú eres la ninfa á quien él  
sigue y persigue!
- PETRA. Quizás.
- ANDRÉS. Si me estimas cual te estimo  
pónle los ojos serenos:  
entreténmelo. ¿Qué menos  
puedes hacer por tu primo?  
¿Petra?
- GASPAR. ¿Qué?
- PETRA. No le des suelta.
- ANDRÉS. ¿Conque es rival tan cruel?
- PETRA. Ven, por si quiero Isabel  
salir á dar una vuelta.



## ESCENA II.

ROBERTO y ANDRÉS.

- ANDRÉS. ¡Inicuo! ¿Cómo te burlas  
de mi estado lastimoso!  
«¿Por qué ha de buscar dinero  
quien es tan rico?» ¿Eh?
- ROBERTO. Supongo  
que tú mantienes oculta  
la situación del tesoro:  
pues si saben que á despecho

de tu pingüe patrimonio,  
gravita sobre tu alma  
un déficit horroroso...

ANDRÉS. ¡Chis! más bajo.

ROBERTO. ¿Yes?

ANDRÉS. Si saben  
la verdad, me echan á fondo.

ROBERTO. Pero ¿cómo has disipado?...

ANDRÉS. ¿Y tú me preguntas cómo?  
¿No has sido tú el sempiterno  
corredor de mis negocios?

ROBERTO. ¿Negocios? (Con ligera ironía.)

ANDRÉS. Si; para muchos...  
¡Parece un sueño espantoso!  
Juegos, mujeres, amigos,  
eslabonados trastornos,  
el ocio!... ¡Nada en el mundo  
es tan caro como el ocio!  
Siempre la ocasion delante;  
siempre el usurero pronto;  
y luego el tanto por ciento,  
ese reptil insidioso  
que á lamer los capitales  
comienza poquito á poco,  
y luego no lame, chupa,  
traga, devora, y más gordo  
que su victima, la suelta,  
y la escupe y...

ROBERTO. (Tocándole en el hombro.)

*Ecce, homo.*

ANDRÉS. Mas no; no la suelta: entonces  
fueran ménos mis ahogos.

ROBERTO. ¡Valor! Aún todos presumen  
que eres muy rico.

ANDRÉS. ¡No todos,  
Roberto! Tres usureros  
me persiguen como lobos.

ROBERTO. ¿Tres nada ménos?

ANDRÉS. Con tres  
escrituras de depósito.

Es decir, que entro en la cárcel cuando quieran.

ROBERTO. (Animándolo.) ¡Qué demonio!...  
Eres joven...

ANDRÉS. Sin dinero,  
chico, se envejece pronto.

ROBERTO. (Mirándolo despacio.)  
Y aunque un poco trasnochado  
y lácio, no eres mal mozo.

ANDRÉS. ¡Psl...

ROBERTO. Tú has seducido algunas  
mujeres.

ANDRÉS. ¡Oh! ¡Qué dichoso  
aquel tiempo!...

ROBERTO. Esto da siempre  
cierto prestigio a los ojos  
del bello sexo.

ANDRÉS. Sí.

ROBERTO. Conque...  
resuélvete en fin...

ANDRÉS. A todo.  
La Condesa...

ROBERTO. ¿La amas?

ANDRÉS. Yo...  
desde que soy pobre, odio  
a todo el mundo: mas ella  
me puede sacar del golfo.

ROBERTO. ¿Le has dicho?...

ANDRÉS. Ni una palabra.

ROBERTO. Bien. ¿Cuentas con el apoyo  
de tu prima?

ANDRÉS. Sí.

ROBERTO. Ya es algo.  
Prosigue: tiene mi voto  
tu plan.

ANDRÉS. ¿Qué plan es el mío?

ROBERTO. (Como recordando.)  
¿Qué plan? Si no me equivoco,  
me dijistes... no recuerdo  
cuándo...

ANDRÉS.

¿Qué te dije?

ROBERTO.

El modo

de hacerla tuya.

ANDRÉS.

No calgo...

¿Te dije?...

ROBERTO.

(Despacio y con intencion.)

«Yo no abandono

á la Condesita; sigo

con el respeto más hondo

sus pasos, y no hablo nunca

de amor ni de matrimonio:

hago que las apariencias

me acrediten de dichoso,

y al par que en ella descuido

recelo inspiro en los otros.

De esta suerte...»

ANDRÉS.

Esa es la táctica

de muchos que yo conozco.

ROBERTO.

Esta es la calumnia muda

con que algunos se dan tono.

ANDRÉS.

¿Yo he pensado?... ¿Estás seguro?

ROBERTO.

Sí; y añadiste: «Si logro

dar un golpe que confirme

las sospechas...»

ANDRÉS.

Ya supongo

lo que me inspiró...—Há tres años

que estaba aquí con nosotros

bañándose una muchacha

encantadora, un pimpollo

fragante.

ROBERTO.

¿Y qué?

ANDRÉS.

Yo solia

echarle algunos piropos,

y ya de vernos unidos

murmuraban en los corros.

La noche de mi partida

aquí me encontraba solo:

era muy tarde: aquel era (Señalándolo.)

su balcón. Me agarré al tronco

de un árbol, y braceando

llegué... Ya han cortado el olmo  
por donde subí. Yo he sido  
un gimnasta poderoso.

ROBERTO. ¿Subiste?...

ANDRÉS. Empujo la puerta  
y estaba echado el cerrojo.  
De prisa la retirada  
emprendí: mas el demonio,  
que no duerme, hizo que alguno  
me viera, y estos ociosos  
bañistas, que se entretienen  
en despellejar al prójimo...  
¡Figúrate tú! En París  
oía yo los sollozos  
de la víctima. Me hablaron  
de casaca y me hice el sordo.  
¡Yo era rico, y el dinero  
es tan cruel! (Pausa.) Si la pongo  
en igual caso...

ROBERTO. (Ya es mio.)

ANDRÉS. (Mirando á la casa.)  
¡Qué casualidad! el propio  
apuesto, á la condesa  
le sirve de dormitorio.  
Mi fin es bueno: si acaso  
la comprometo, le otorgo  
mi mano.

ROBERTO. Y ella comprende  
que su estado es peligroso;  
que debe buscar un hombre  
que la ampare...

ANDRÉS. Y de ese modo  
¡imaginas que se case  
conmigo?

ROBERTO. Pues. (O con otro.)

ANDRÉS. (Reflexivo.)  
No hay duda...

ROBERTO. (La comprometo  
este simple: me interpongo  
y la defiendo, y...)

ANDRÉS.

(¡Prudencia!  
Y en llegando el caso, ¡arrojo!)

## ESCENA III.

DICHOS, RAMONA, despues SABINO.

RAMONA. Dirigiéndose á Andrés á quien ve de espaldas.)  
¿Sabino?

ANDRÉS. (A Roberto.) La criada.

RAMONA. Oye.

(Andrés vuelve la cara.)

Perdone usted. (Cortada.)

ANDRÉS. (Con dulzura.) Si perdono,  
prenda.

RAMONA. Pensaba...

ANDRÉS. ¿Por quién  
me has tomado?

RAMONA. (En tono de elogio.) Por un mozo...

ANDRÉS. ¿Es guapo mozo?

RAMONA. El que sirve  
al señorito...

ANDRÉS. (¡Demonio!  
¿si sabrá que estoy tronado?)

SABINO. ¿Ramona con dos... Ramonos!  
¡Alerta!

ROBERTO. ¿Y cuándo se casa  
tu aima?

SABINO. (Que en el periodo  
de baños se reblandecen  
con tanto estar en remojo.)

RAMONA. (A Andrés.)  
Sabino es aquel.

ANDRÉS. (Despues de mirarlo.) ¡Pues vaya!  
Ya tengo por mal pronóstico  
esta...

ROBERTO. ¿Te vienes?

ANDRÉS. ¿Contigo  
puedo contar?

ROBERTO. Para todo.

## ESCENA IV.

RAMONA y SABINO.

SABINO. ¿Cuál de los dos es tu amigo?

RAMONA. ¿Esas tenemos?

SABINO. ¿Qué pronto  
que trabas palique!

RAMONA. ¿Tonto!

¡Si lo equivoqué contigo!  
Desde que gastas sombrero  
alto y chaqueta con faldas,  
así... mirado de espaldas,  
pareces un caballero.

SABINO. ¿Me equivocaste también  
ayer tarde con don Pablo?

RAMONA. ¿No es tu amo?

SABINO. ¿Voto al diablo!  
¿y es razón?...

RAMONA. ¿No te hace bien?

El te dispensa favores,  
y yo le debo estimar.

SABINO. ¿Y vas á beneficiar  
á todos mis bienhechores?

RAMONA. (Incomodada.)

Vamos.

SABINO. ¿Te abrazó?

RAMONA. Si fué  
que estaba un niño llorando,  
y descalecito, y echando  
mucho sangre por un pié.  
Llegó y lo empezó á curar  
tu amo con un cariño!

SABINO. ¿Y siempre que llora un niño  
tú te dejas abrazar?

RAMONA. Yo entonces de lo bendita  
que es mi ama me acordé,  
y dije: «cásese usted,  
señor, con mi señorita.»  
Y me abrazó.

- SABINO. Que aprovecha.  
prenda.
- RAMONA. Sin malicia alguna.
- SABINO. Pero...
- RAMONA. Me parezco á una  
que fué su hermana de leche.
- SABINO. Pues entonces...
- RAMONA. No es posible  
ser záfia. Yo... la verdad...
- SABINO. ¡Tanta sensibilidad  
me puede ser muy sensible!
- RAMONA. ¿Qué piensas?
- SABINO. (Si no la escamo,  
si no arranco de raíz...)
- RAMONA. ¿Qué estás rumiando?
- SABINO. (Cogiéndola de la mano.) ¡Infeliz!  
¡Tú te fias de mi amor!
- RAMONA. ¿Pero es posible que quepa  
maldad?...
- SABINO. ¿No mienten las fachas?  
¡Ya ha perdido á tres muchachas!  
(Agua va.)
- RAMONA. ¡Tres!...
- SABINO. Que yo sepa.
- RAMONA. Cierto que es tan cariñoso  
conmigo...
- SABINO. ¡Pura doblez!
- RAMONA. Si, pues que venga otra vez,  
verá...
- SABINO. (¡Ya tengo reposo!)
- RAMONA. (Con ira.)  
Pues tuya es la culpa.
- SABINO. ¡Mia!
- RAMONA. Si ya te hubieras casado  
conmigo...
- SABINO. ¿Y hemos ahorrado  
lo bastante todavía?
- RAMONA. Yo... mucho más que tú vales.
- SABINO. ¿Cuánto?
- RAMONA. En el arca seguros,

tengo...

(Mira alrededor.)

cuatrocientos duros.

SABINO. Es decir... ocho mil reales.

RAMONA. ¿Y tú?

SABINO. Peso sobre peso...

(Mira á todos lados.)

doce mil...

RAMONA. ¡Jesus, qué rico!

SABINO. ¡Doce mil realazos!

RAMONA. Chico,

¿y cuándo es la boda?

SABINO.

Eso...

RAMONA. ¿Qué?

SABINO. Ya ves, cuatro mil reales  
te aventajo en el caudal.

RAMONA. (Inquieta.)

¿Y qué?

SABINO. Que paran en mal  
matrimonios desiguales.

RAMONA. ¿Y piensa usted, don tirilla,  
que usted vale?... Adios te queda.  
(Quiere irse, Sabino la detiene.)

SABINO. ¡Muchacha! (¡Que yo no pueda  
vivir sin esta guindilla!)  
Fué broma.

RAMONA. Pues no me des...

SABINO. Conque, chica, á ver si hacemos  
algun negocio ó ponemos  
nuestro dinero á interes.

RAMONA. Una quisiera arrojarse  
á prestar y hacer fortuna;  
pero hay tanto pillo, que una  
no sabe de quién fiarse.

SABINO. Yo en Madrid de buena gana  
iba á adelantar dineros...

RAMONA. ¿Á quién?

SABINO. Á unos jornaleros,  
real por duro á la semana.

RAMONA. La cobranza es mucha lid.

- SABINO. No: yo iba á dar mi dinero;  
pero antes lo dió un banquero  
que anda en coche por Madrid.
- RAMONA. Es claro: Madrid es tierra  
de pesquis y manos listas.
- SABINO. Y allí los capitalistas  
;nos hacemos una guerra!  
;Paciencial
- RAMONA. ;Acechando estoy!...
- SABINO. A fé que nos han tocado  
buenos amos.
- SABINO. Yo criado,  
lo que es criado... no soy.
- RAMONA. ¿Pues qué eres?
- SABINO. Y es necesario  
que lo tengas muy presente.  
He sido ya su escribiente,  
y ahora soy...
- RAMONA. ¿Qué?
- SABINO. Secretario.  
Yo en oficios no me empleo  
de baja estofa: soy listo...
- RAMONA. Yo peino al ama, la visto  
y la acompaño á paseo.  
Y no presta mi persona  
otro servicio ordinario;  
conque, si tú secretario,  
yo camarera.
- CONDESA. (Saliendo.) ¿Ramona?

### ESCENA V.

DICHOS, la CONDESA, despues PABLO.

- SABINO. Ahí tienes á la Condesa.
- RAMONA. Y tu amo allí.
- SABINO. (Nuestras gangas.)
- CONDESA. Vé y lávame aquellas mangas  
que dejo sobre la mesa.
- SABINO. ¿Lavas mangas, Ramoncilla?
- RAMONA. Aquí lavan mal lo fino.

PABLO. Entra en la cuadra, Sabino,  
y pon al potro la silla.

RAMONA. ¿Ensillas?

SABINO. Aquí no hay otro  
que entienda aquel vestuario.

RAMONA. ¿De quién eres secretario,  
de don Pablo ó de su potro?

## ESCENA VI.

La CONDESA, PABLO.

PABLO. (Después de mirar alrededor y respirando con satisfacción.)

¡Ah!

CONDESA. ¡Calla! (Observando.)

PABLO. Ninguno observa...

CONDESA. Pensaba oír...

PABLO. Pero, díme:

¿no te cansa? ¿no te oprime  
tan cuidadosa reserva?

CONDESA. ¿Te pesa?

PABLO. Ya ves: me ciño  
tan fielmente á tus antojos,  
que ni aun consiento á mis ojos  
deletrear tu cariño.

Pero no hay amor profundo  
que en tanto silencio quepa.

CONDESA. ¡Pablo!

PABLO. Rabio porque sepa  
mi cariño todo el mundo.

Y á veces en la reunion  
tengo intenciones atroces.

CONDESA. ¿De qué?

PABLO. De decir á veces  
mi pasión y tu pasión.

CONDESA. ¡Muchacho! ¿Estás loco?

PABLO. Vamos;

hablemos...

CONDESA. Díme...

PABLO.

Ante todo:

¿me quieres del mismo modo  
que la última vez que hablamos?

CONDESA. ¡Vanidoso! Pues ¿lo ignoras?

PABLO. Al verte no desconfío;  
mas cuando pasan, bien mío,  
sin hablarnos ¡tantas horas!  
enturbiando mi alegría,  
dice la duda cruel:  
¿si no me querrá Isabel  
lo mismo que me quería?

CONDESA. Ausente el amor se acendra.

PABLO. Si, pero turban la calma...

CONDESA. Nubecillas que en el alma  
el sol de la dicha engendra.  
Inquietud del idealismo  
que á veces duda se nombra,  
y es melancólica sombra  
que se hace el bien á sí mismo.  
Es afán que me atormenta  
también, y la calma pierdo.

PABLO. ¡Isabell... (Queriendo tomarle una mano.)

CONDESA. Retirándola.) ¡Y ahora me acuerdo!...  
¡Sí, pues me tienes contenta!

PABLO. ¿Temes que yo haga saber  
mi amor?

CONDESA. Es causa distinta.  
¿Por qué has comprado la quinta  
que visitamos ayer?

PABLO. ¿Sabes?...

CONDESA. Di.

PABLO. ¿Y eso te ofende?

CONDESA. Me ha disgustado: ¡ahi es nada!

PABLO. La compro porque te agrada  
y porque el dueño la vende.

CONDESA. Ya comprendi la torpeza  
de mi elogio, y me arrepiento.

PABLO. ¡Pues si es el mayor contento  
que le debo á mi riqueza!  
La flor que en tu pecho luce

cogiste allí.

CONDESA. ¿Y es razón?...

PABLO. Pues ya es tuya, y tuyas son  
cuantas su jardín produce.  
¿Quién te ha dicho?...

CONDESA. ¿Te incomoda  
que yo indague?...

PABLO. ¡Qué locura!

Pensé poner la escritura  
con los regalos de boda.

CONDESA. ¡Si eres bueno!  
(Cogiéndole una mano. Pablo intenta besar la suya:  
Isabel la retira mirando alrededor.)

No seas loco.

PABLO. ¿Cuándo me sacas de penas?

CONDESA. ¡Si hace dos años apenas  
que estoy viuda!

PABLO. ¿Y es poco?

CONDESA. Corto tributo en verdad  
al anciano que aún bendigo,  
ilustre sombra y abrigo  
de mi temprana orfandad.  
Cuando juzgo descubierto  
nuestro amor, aunque inocente,  
temo, Pablo, que la gente  
se mofe del pobre muerto;  
¡y me causa tan acerba  
pesadumbrel...

PABLO. ¡Extraña fé!

CONDESA. Pues esta al principio fué  
la causa de mi reserva.

PABLO. ¿Puede más un desvarío  
que la dicha de los dos?

CONDESA. ¡Pablo!...

PABLO. (Impaciente.) ¿No es tiempo?

CONDESA. ¡Por Dios!...

Ten paciencia, Pablo mio.

PABLO. Yo aguardara con reposo,  
á no vivir tan sujeto  
nuestro amor.

CONDESA. (Con candorosa malicia.)

Es que el secreto  
me puede ser provechoso.  
Tú eres bueno al parecer.

PABLO. ¿Duda?

CONDESA. Aunque no me desvela,  
un poquito de cautela  
sienta bien en la mujer.  
Y... comienzá a inquietarme  
unos celos tan extraños,  
cuando repaso los años  
que has vivido sin amarme.

Yo quiero saber tu historia.

PABLO. Si fuera mi corazón  
un libro...

CONDESA. (Interrumpiéndole.) ¡Con qué afición  
lo aprendiera de memoria!—  
Ya que nuestras relaciones  
están ocultas, y puedo  
hacer preguntas, sin miedo  
de envidias y adulaciones,  
yo sabré...

PABLO. Contra esa idea  
ya he sabido prepararme.

CONDESA. Pues ¿qué has hecho?

PABLO. Congraciarme  
con todo el que te rodea.  
Preguntales: no hay un hombre  
mejor: indaga...

CONDESA. Eso quiero:  
y ya lo he intentado; pero...  
siempre que escucho tu nombre  
temo que la turbación  
descubra mi sentimiento,  
y callo ó hago al momento  
cambiar de conversacion.

PABLO. Pues si no rompes la valla...

CONDESA. Si haré, que amor me estimula...

PABLO. Gente viene.

CONDESA. Disimula.

PABLO. ¿Y cuándo?...

CONDESA.

Prontito. Calla.

### ESCENA VII.

DICHOS. ANDRÉS, PETRA y SABINO.

ANDRÉS. ¡Juntos!...

PETRA.

Obsérvalos bien:

ni se miran.

ANDRÉS.

Pues es cierto.

CONDESA. Aquí te esperaba. (A Petra.)

PETRA.

¿Vamos

á emprender nuestro paseo  
hacia Mondragon?

CONDESA.

Aún hace

mucho calor.

ANDRÉS.

Esperemos.

CONDESA. Gracias.

(Aceptando una silla que Andrés le ofrece y sentándose. Andrés se sienta á la derecha de Isabel.)

PETRA.

(Aparte á Andrés.) La ocasion es calva.

ANDRÉS.

Entreten á Pablo.

PETRA.

Bueno.

(Esto lo dicen mientras Isabel se sienta y Andrés coge su silla. Petra pasa á la izquierda; coge el libro que Andrés dejó encima de la silla que ocupó al principio del acto, y se sienta en ella. En tanto entra Sabino y Pablo le sale al encuentro.)

Ya está el potro...

SABINO.

Bien: más tarde...

PABLO.

SABINO.

Y ademas un caballero  
que busca á usted.

PABLO.

¿Quién es?

SABINO.

Dice

que apoderado del dueño  
de la quinta.

PABLO.

Y ¿qué pretende?

SABINO.

Saber poco más ó menos  
cuándo se hace la escritura  
y la entrega del dinero.

- PABLO. ¡Ah! Tiene razon. Que aguarde hasta que venga el correo, que estoy esperando letras sobre Bilbao. (Vase Sabino.)
- PETRA. (Observando de reojo á Pablo.)  
(Veremos á quién se acerca.)
- PABLO. ¿Petrita?  
(Coge una silla y se sienta á la izquierda de Petra, de suerte que Andrés y Pablo están casi de espaldas.)
- ANDRÉS. ¡Qué linda flor!
- CONDESA. Es muy bello este jacinto.
- ANDRÉS. Dos ramos de flores por él ofrezco.
- CONDESA. ¡Ah! No, que usted perdería.
- ANDRÉS. La flor que está en ese pecho vale un jardin.
- CONDESA. Pues amigo, si vale tanto, yo pierdo.
- ANDRÉS. En perder está la prueba.
- CONDESA. ¿La prueba de qué?
- ANDRÉS. De afecto... amistoso.
- CONDESA. La amistad no necesita flores.
- ANDRÉS. ¿Si sentirá que no diga de amor?...
- PETRA. La compra celebro, que la quinta es deliciosa.
- PABLO. ¿Le agrada á usted?
- PETRA. En extremo. A la Condesa y á mí nos gusta mucho.
- PABLO. Por eso la compré.
- PETRA. (Mudando de tono.)
- PETRA. ¿Porque me gusta la compró usted?
- PABLO. Yo deseo

con ansia que algun verano  
pase usted...

PETRA.

¿Yo?... ¿Cómo?... (Esto  
ya es declararse. Me tiene  
tanto amor como respeto;  
mas evitar es preciso  
las ocasiones.)

PABLO.

(Espero  
que lo que es Petra dará  
buenos informes.)

ANDRÉS.

Soy terco,

Condesa.

CONDESA.

¿Y qué?

ANDRÉS.

Que esa flor  
me está quitando el sosiego.

CONDESA.

¡Vaya un capricho!

ANDRÉS.

Señora,  
no es capricho el sentimiento  
que inspiran tan fácilmente  
esos ojos, y...

CONDESA.

(Interrumpiéndole.) Mudemos  
de asunto.

ANDRÉS.

(¡Malol)

CONDESA.

(¡Y se atreve  
el mentecato!...)

ANDRÉS.

(Sospecho  
que erré el golpe.)

CONDESA.

(Es peligrosa  
mi situacion.) (Se queda pensativa.)

ANDRÉS.

Con diágnosis. (Al momento  
me voy á fondo. Resabios  
de cuando tuve dinero.)

CONDESA.

(Observando á Pablo y á Petra.)  
(¡Y Pablito disimula  
con tal primor!... vamos, esto  
no puede seguir... Hoy mismo  
anuncio mi casamiento.)

PABLO.

Tardan en llegar las cartas:  
¿verdad?

ANDRÉS.

(¡Que sería se ha puestol

- ¿si sabrá que estoy tronado?)  
**PETRA.** (Con malicia.)  
 ¿Espera usted algun pliego importante?  
**PABLO.** (Disculpándose.) No, señora; no piense usted...  
**PETRA.** Nada pienso.  
**PABLO.** Asuntos de casa.  
**PETRA.** (El pobre no quiere que tenga celos.)

### ESCENA VIII.

**DICHOS, GASPAB.** Trae varias cartas y un periódico.

- GASPAB.** Pablo, para tí me han dado...  
**PABLO.** ¡Ah! ¿Cartas?... (Se levanta.)  
**GASPAB.** (Dándole las.) Tres nada ménos.  
**CONDESA.** ¿Hay para mí?  
**GASPAB.** No, señora.  
**PETRA.** ¿Y nosotros?  
**GASPAB.** No tenemos ninguna.  
**PETRA.** Dame el periódico.  
 (Busca la gacetilla y lee para sí.)  
**ANDRÉS.** (A mi sistema me vuelvo. La sigo y aguardo...)  
**CONDESA.** (Acercándose á Petra.) ¿Eres política?  
**PETRA.** (Sin apartar la vista del periódico.) Siempre leo la gacetilla.  
**GASPAB.** Y los crímenes.  
**CONDESA.** ¿Qué gusto!  
**PETRA.** (Leyendo.) «¡Crimen horrendo!»  
**GASPAB.** ¡Qué pronto has cazado!...  
**PETRA.** Y este es atroz.  
**ANDRÉS.** Pues lee de recio.

PABLO. (No es esta.)

(Mirando la firma de una carta: abre otra y lee para sí con muestras de agitación creciente. Todos atienden á Petra.)

PETRA. (Leyendo.) «Un labriego ha sido  
»envenenado en un pueblo  
»de la Mancha. Son notables  
»las circunstancias del hecho.—  
»Para salir de un apuro  
»parece que vendió un huerto  
»á un vecino suyo, á carta  
»de gracia.» Pues no comprendo...

GASPAR. Vender á carta de gracia  
es poder en cierto tiempo  
prefijado recobrar  
lo vendido, devolviendo  
la cantidad recibida.  
¿Estás?

PETRA. ¡Ah! sí. (Lee.) «El usurero,  
»que así en el pueblo llamaban  
»al comprador, tenía empeño  
»en quedarse con la finca  
»codiciada, y el labriego,  
»al par que avanzaba el plazo,  
»iba juntando el dinero.  
»Antes que el plazo espirara  
»dos ó tres días, comieron  
»juntos. A las pocas horas  
»era ya cadáver...»

PABLO. (Acabando de leer su carta.) (Cielos!)

CONDESA. ¡Ah! ¡Qué infamiál!

PETRA. «El asesino  
»está en la cárcel.»

CONDESA. Me alegro.

¡Vaya una lectura amena!  
Suelta ese papel.

PETRA. Daremos  
una vuelta.

CONDESA. ¡Oh! Necesito  
espaciarme. Ven.

- PABLO. (Mirando la carta.) (Si creo  
que estoy soñando.) ¿Gaspar?  
GASPAR. ¿Qué tienes, chico? Estás trémulo.

## FSCENA IX.

### PABLO y GASPAR.

- GASPAR. Habla.  
PABLO. Que estoy arruinado.  
GASPAR. ¡Arruinado! ¿Y cómo?  
PABLO. (Entregándole la carta.) Léelo.  
GASPAR. «No he podido vender el papel de que usted me  
»habla, y siento en el alma tener que decirle el  
»motivo. El amigo cuya fianza había usted com-  
»pletado con sus bienes, al rendir las cuentas  
»de la recaudacion de contribuciones ha salido  
»alcanzado en una suma enorme. En tanto que  
»los tribunales de Hacienda no resuelvan esta  
»cuestion, usted no puede disponer de ninguno  
»de los bienes anejos á la fianza. Véngase usted  
»inmediatamente á la córte.»  
Y estos bienes...  
PABLO. Eran todos,  
casi todos los que tengo.  
Los que tuve...  
GASPAR. Todavía...  
La Hacienda tiene derecho  
á cobrarse de cualquiera  
de los fiadores; mas luego,  
si resulta la insolvencia,  
entrareis al prorateo  
y... ¿quién sabe?...  
PABLO. Me parece  
que deliro...  
GASPAR. El descubierto  
asciende... (Mirando la carta.)  
PABLO. ¿A cuánto?  
GASPAR. No dice...  
PABLO. Será mi ruina: lo espero.  
¡Era yo tan venturoso

hace poco!

(Se enjuga las lágrimas con la mano.)

GASPAR. ¡Eh! Ten aliento.

PABLO. Sí, lo tendré.

GASPAR. A las desgracias  
nacemos todos sujetos.  
No es hombre quien no ha sufrido  
alguna.

PABLO. Aunque ves que tiemblo,  
Yo te suplico, Gaspar,  
que no formes mal concepto  
de mí.

GASPAR. ¡Pablo! (Tomándole una mano.)

PABLO. Nunca he sido  
idólatra del dinero.  
Y seré pobre con honra.

GASPAR. (Abrazándole.)

¡Pablo! ¿Pues quién duda eso?

PABLO. Mas la verdad, este golpe...

¡Si vieras en qué momento  
lo recibo!

GASPAR. Sin demora  
vete á Madrid. Yo me ofrezco  
á acompañarte, que siempre  
servirá de algo.

PABLO. Si debo,  
entregar quince mil duros  
al instante.

GASPAR. ¿No está hecho  
el pago?

PABLO. No está pagada  
la quinta.

GASPAR. Pues te aconsejo  
que no la compres.

PABLO. He dado  
palabra de honor; el dueño  
deshizo por complacerme  
otro contrato; yo aún puedo  
vendiendo algunas finquillas  
juntar algo más del precio;

bastante más: no vacilo.  
La palabra es lo primero.  
Sí, Gaspar; no lo perdamos  
todo en un día.

GASPAR. Yo siento  
no poder...

PABLO. Sí tú pudieras...  
no te hablara yo...

GASPAR. Mas tengo  
cuatro mil duros, si quieres...

PABLO. No bastan: te lo agradezco.

GASPAR. (Insistiendo.)  
¡Qué diablos!

PABLO. Vete á Bilbao:  
tú conoces el comercio;  
búscame algun prestamista,  
cualquiera, el más usurero;  
con tal que pronto me saque...

GASPAR. Voy... Y acaso... (Deteniéndose.)

PABLO. Te prometo  
pagárselo. No lo dudes.

GASPAR. ¡Yo dudar!

PABLO. Como solemos  
pensar tan mal de los pobres.

GASPAR. ¡Oh! ¿vas á perder tu bello  
carácter, porque has perdido  
tu riqueza?

PABLO. Vé...

GASPAR. No; pienso  
encontrarlo, sin salir  
del mismo establecimiento

PABLO. Pues corre.

GASPAR. Voy al instante.

PABLO. Atiende, y guarda silencio.  
Ya me parece que todos  
me señalan con el dedo,  
y... ¿qué sé yo? Es pudorosa  
la desgracia.

GASPAR. Pierde el miedo.  
(¡Pobre muchacho!)

## ESCENA X.

PABLO.

¡Dios mío!

¡En qué circunstancias pierdo  
mi patrimonio!... Isabel,  
porque era tuyo, lo siento.

(Se deja caer en una silla.)

¡Tener que comprar ahora  
una quinta de recreo!...  
Jamás inventó la suerte  
un sarcasmo tan sangriento.—

Si descubren mi desgracia  
y mi amor al mismo tiempo,  
pensarán que interesado...—

Hoy he tenido un empeño  
en que Isabel publicara  
nuestro cariño, que temo  
que también ella sospeche...

¡Jesús! La estoy ofendiendo.

(Se levanta.)

Peores que la pobreza  
son los malos pensamientos  
que inspira. Nunca he sentido  
tan miserables celos.

ROBERTO. ¿Y quién es? (Saliendo con Gaspar.)

GASPAR.

Voy á decirles

(Señalando adentro)

que no me esperen y vuelvo. (Sale.)

ROBERTO. Está bien. (Se adelanta.) Si es un negocio  
aceptable... ¿Mas qué veo?..  
Me parece...

PABLO.

Gente llega.

ROBERTO. No hay duda. ¡Pablo!

PABLO.

¡Robertol

(Se abrazan.)

## ESCENA XI.

PABLO y ROBERTO.

ROBERTO. ¡Oh, qué agradable sorpresa!...  
¿Viniste?...

PABLO. Ayer.

ROBERTO. No sabia...

¿Has viajado en compañía  
de Gaspar y la Condesa?

PABLO. Juntos, no; pero...

ROBERTO. ¿En Bayona  
estuviste?

PABLO. Corto espacio. (Pausa.)

ROBERTO. Noto al mirarte despacio  
cierto cambio en tu persona.  
Tú eras alegre, y hoy, chico... (Mirándole.)  
¿Tienes esplin?

PABLO. Puede ser.

ROBERTO. ¿Comienzas á padecer  
enfermedades de rico?

PABLO. Dicen que has hecho un caudal...

ROBERTO. Ya sabes tú que mi herencia  
fué corta: mas con paciencia  
y algun negocio...—Tal cual.—  
Poca ó mucha, mi ganancia  
toda es tuya.

PABLO. Yo te doy  
las gracias.

ROBERTO. Por algo soy  
tu amigo desde la infancia.  
Y si quieres ser mi socio (Abrazándole.)  
ya sabes tú que soy listo,  
no perderás.

GASPAR. (Viéndolos abrazados.) Por lo visto  
ya está arreglado el negocio.

## ESCENA XII.

DICHOS, GASPAS.

GASPAR. Señores...

PABLO. ¿Y el usurero? (Aparte á Gaspar.)

GASPAR. Este.

PABLO. ¡Robertol

GASPAR. ¿Te pesa?

ROBERTO. Y dí, ¿qué persona es esa

(Con indiferencia á Gaspar.)  
que necesita dinero?

GASPAR. Pablo.

ROBERTO. ¿Meditas tal vez  
alguna empresa? Bien puedes  
contar... (Pasando al lado de Pablo.)GASPAR. ¿Conque eran ustedes  
amigos?

ROBERTO. De la niñez.

¿Qué es ello?

PABLO. Ya que es preciso,  
no lo niego.

ROBERTO. ¿Qué te altera?

PABLO. Eres mi amigo, y quisiera  
librarte del compromiso.  
Presté una fianza, y...

ROBERTO. Di.

PABLO. Que tengo todos mis bienes  
casi perdidos.ROBERTO. ¿Que tienes  
perdida tu hacienda!

PABLO. Si.

Y yo ignorando el pesar  
de que estaba amenazado,  
vi una quinta, la he comprado,  
y no la puedo pagar.Algo me queda, y yo espero  
que del trance en que me ves  
me libres, y que me des  
á rédito ese dinero.

**ROBERTO.** Si tal: en viendo la parte  
que libras de la fianza,  
con entera confianza  
podré luego adelantarte...

**PABLO.** Quince mil duros me cuesta  
la finca, y los necesito  
al instante.

### ESCENA XIII.

DICHOS, SABINO.

**SABINO.** Señorito,  
que está aguardando respuesta  
ese hombre.

**PABLO.** (A Roberto.) ¿Ves mis apuros?

**ROBERTO.** ¿Qué firmas tienes?

**PABLO.** La mía.

**ROBERTO.** Pues chico, sin garantía,  
ya tú ves... quince mil duros...

**PABLO.** Hombre, tu oferta amistosa  
me ha infundido libertad...

**ROBERTO.** Una cosa es la amistad  
y el negocio es otra cosa.  
El que propones no es bueno,  
y ¿qué he de hacer, voto al diablo?

**PABLO.** Sabes quién soy.

**SABINO.** (Mi don Pablo,  
por lo visto está de trueno.)

**PABLO.** Mi honra...

**ROBERTO.** ¿Qué quieres que haga?  
El hombre más caballero,  
cuando no tiene dinero...  
no lo tiene.

**SABINO.** (Y no lo paga.)

**ROBERTO.** Hay que tentarse la ropa  
para dar dinero.

**SABINO.** (¡Pues!)

**ROBERTO.** Ya ves la alarma, ya ves  
el estado de la Europa.  
En vista de tanto alarde  
militar, sin saber dónde

huye el dinero y se esconde,  
que el dinero es muy cobarde.

PABLO. Aún me queda algun caudal.

ROBERTO. ¿En dónde?

PABLO. En varios lugares.

ROBERTO. Casas viejas, palomares,  
bienes de pueblo.

PABLO. No tal.

Hombre, cuando yo me atrevo  
á pedirte...

ROBERTO. Pues expresa  
dónde y cuántos.

PABLO. Una dehesa.

ROBERTO. ¿En qué sitio?

PABLO. En Castronuevo.

ROBERTO. ¿En Zamora?

PABLO. Allí se halla.

Soy zamorano.

ROBERTO. En efecto  
que tú...

GASPAR. (Aparte á Roberto.) El canal en proyecto  
pasa por el pueblo.

ROBERTO. (A Gaspar.) Calla.

Tu estado me compromete...

PABLO. (¡Oh!)

ROBERTO. ¿Cuánto vale?

PABLO. Hoy no sé.

La dehesa tasada fué  
en el año treinta y siete.

ROBERTO. ¿En cuánto?

PABLO. En diez y ocho mil.

ROBERTO. ¿Duros?

PABLO. Sí. Sí es una vega...

ROBERTO. La vanidad solariega  
tasaba en más...

SABINO. (¡Qué sutil!)

ROBERTO. A mí no me tiene cuenta  
en ese sitio.

GASPAR. (Aparte á Roberto.) ¿Qué estás  
diciendo?

- ROBERTO.** (Calla.) Y tendrás  
que perder algo en la venta.
- PABLO.** Son terrenos de labor.
- ROBERTO.** Supongo que serán buenos.
- GASPAR.** (Aparte á Roberto.)  
Y mira que los terrenos  
han triplicado el valor.
- ROBERTO.** Mas ya que en tales apuros  
en mí tu amistad confía  
¡qué diablos!... la dehesa es mía.  
Te doy los quince mil duros.
- PABLO.** Mi madre en la hora postrera  
recomendados dejó  
á sus colonos, y yo  
si la vendo... No quisiera...
- ROBERTO.** Sí, son recuerdos maternos...
- PABLO.** Yo procuraré que cobres  
de otro modo.
- ROBERTO.** Mas los pobres  
no podemos ser tan liernos.  
Mi dinero no es tan santo.
- PABLO.** (¡Oh! Me hielan y me pasman  
sus palabras.) (Con la mayor angustia.)
- SABINO.** (¡Me entusiasman  
Los hombres que saben tanto!)
- GASPAR.** (A Roberto en tono de súplica.)  
Fué tu compañero.
- ROBERTO.** De ocio.
- GASPAR.** Ten piedad: calma su duelo.
- ROBERTO.** ¿Y para ganar el cielo  
se inventó el hacer negocio?  
Por probarte que pretendo (A Pablo.)  
servirte con eficacia,  
la compro á carta de gracia;  
pacto de retrovendo.  
Ya ves que doy testimonio  
de que me aflige tu pena.
- SABINO.** (Pacto de retro... Me suena  
á pacto con el demonio.)
- ROBERTO.** Fijo un plazo, y si en el día

que cumpla, devuelves esa ,  
cantidad, tuya es la dehesa,  
y si no la dehesa es mía.

SABINO. ¿Cuándo se entrega el dinero?  
Mire usted que está esperando...

PABLO. Acepto.

ROBERTO. Bien.

SABINO. (A Pablo.) ¿Cuándo?

PABLO. Cuando...

le diga este caballero. (Señalando á Roberto.)

## ESCENA XIV.

ROBERTO, GASPAS, SABINO.

SABINO. ¿Y usted, qué dice?

ROBERTO. Que esperes  
un instante.

GASPAR. ¡Bien explotas  
las circunstancias!

ROBERTO. He sido  
un imbécil. A estas horas  
si yo lo apuro, del todo  
suelta en mis manos la joya.  
Pero yo siempre me dejo  
llevar...

GASPAR. ¿Qué más ambicionas?

ROBERTO. ¿Qué más? Sacar al negocio  
las entrañas. ¿Qué te asombra?  
Parece que tú no vives  
en este siglo. (Con enojo.)

GASPAR. Perdona.

SABINO. (¡Qué talento!)

GASPAR. (¡Si se casa  
con mi mujer!...)

ROBERTO. ¿Y esa compra  
de la quinta?... (Interrogando á Gaspar.)

GASPAR. Yo sospecho  
que Pablo en secreto adora  
á la Condesa: ella gusta  
de la posesion, y él...

ROBERTO.

¡Hola!...

(¿Si estará correspondido?  
 ¿Quién lo duda? Cuando asloja  
 quince mil... Hay que estorbar...  
 Si; pero ¿cómo se estorba?  
 Si logro que me auxilien  
 Petra y...) Di: ¿por qué no tomas  
 parte en el negocio?

GASPAR.

¡Hombre!

Pablo es mi amigo.

ROBERTO.

Esta es otra.

Pues ¡hombre! ¿has de hacer negocios  
 con gentes que desconozcas?

## ESCENA XV.

## DICHOS. PETRA.

PETRA.

Gaspar, la Condesa tiene  
 que hablarnos. Ven.

ROBERTO.

En buen hora

llega usted.

PETRA.

¿De qué se trata?

GASPAR.

Cállate. (Aparte á Roberto.)

ROBERTO.

De que no hay forma  
 de conseguir que Gaspar  
 sea rico.

PETRA.

Pues ¿quién ignora  
 que es tonto?

ROBERTO.

(Procurando incitarla.)

Cuando el acaso

más feliz nos proporciona...

PETRA.

¿El qué?

ROBERTO.

Una dehesa.

PETRA.

¿Terrenos?

(Con ansiedad creciente.)

ROBERTO.

De labor.

PETRA.

¿Dónde?

ROBERTO.

En Zamora.

PETRA.

¡Junto al canal!

ROBERTO.

En el mismo

trazadol

PETRA.

(Pasando al lado de Gaspar.)

¿Por qué no compras?

SABINO.

(¿Quién pudiera pellizcar el negocio!)

ROBERTO.

Es una monja.

GASPAR.

Es de Pablo.

PETRA.

(Con resolución.) Sí él la vende...

GASPAR.

¿Y he de explotar?

ROBERTO.

¡Dale, bolal!

Yo se la he comprado á carta de gracia.

PETRA.

Ya sé la forma.

ROBERTO.

Le doy la tercera parte y no la quiere.

PETRA.

(Decidida.) La toma.

GASPAR.

¡Mujer!

PETRA.

¿Tú te has empeñado en que pidamos limosna?

GASPAR.

¡Petra!...

PETRA.

Todos tus amigos van arrastrando carroza, y tú, fraile franciscano, con venerable pachorra, sigues recibiendo el cieno que ellos al pasar te arrojan. ¿No se subleva tu orgullo (Con fuego.) con esto? ¿No te abochornas?

SABINO.

(Entusiasmado.)

(¡Qué mujer y qué negocio!)

PETRA.

Y si al otro le acomoda vender ó tirar su hacienda, no es mejor que la recojan los amigos que las gentes extrañas?

ROBERTO.

¿No reflexionas que ya vendió? Tú no alteras la situación de las cosas.

GASPAR.

Es verdad; pero si Pablo

sabe... (Dudoso.)

ROBERTO. Calma tu zozobra.

Yo solo daré la cara.

PETRA. Hecho está. (Dando la mano á Roberto.)

ROBERTO. Pasaré nota  
á Bilbao...

GASPAR. Pero mira...

PETRA. ¡No me sofoques!

ROBERTO. Aprontas

cinco mil duros y yo

diez mil.

(Se retira á la mesa, saca una cartera y escribe con lápiz.)

GASPAR. Yo...

PETRA. ¡Jesús! ¡Qué posma!

GASPAR. Tomo parte; sí, la tomo.

(Con ira, y gritando.)

Pero escucha.

PETRA. No estoy sorda.

GASPAR. Tenemos cuatro mil duros  
y la parte que me endosa  
vale cinco.

SABINO. (Metiéndose entre los dos.) ¡Don Gaspar!

(Con tono bajo, anhelante y humilde.)

¡Doña Petra!... Si me otorgan  
ustedes su vènia, yo  
les entrego sin demora  
los mil duros que les faltan.

PETRA. ¿Tú tienes?...

SABINO. Para que corran  
de este súbito negocio  
las vicisitudes todas,  
y á mi, á cencerros tapados,  
me den mi parte alicuota.  
Yo callaré.

GASPAR. ¿Tú te atreves  
á hacer negocios en contra  
de tu amo?

SABINO. Yo no altero  
la situacion de las cosas.

PETRA. Claro.

SABINO. Y una es la lealtad,  
señor, y el negocio es otra.

PETRA. Ya ves que se ingenian todos...

GASPAR. ¿Pues no es mejor que este ponga  
(Por Roberto.)  
once mil?

PETRA. Calla; no sepa  
que nos falta esa bicoca.  
Pónlos. (Aparte á Sabino.)

SABINO. (¡Ya soy un banquero  
en agraz!)

## ESCENA XVI.

DICHOS. RAMONA.

RAMONA. (Entra apresurada.) Que mi señora  
aguarda á ustedes.

PETRA. Ya vamos.

RAMONA. Que quiere hablarles.

SABINO. Ramona.

RAMONA. ¿Qué pasa?

SABINO. Acabas de hacer  
un gran negocio.

RAMONA. ¡Yo!

SABINO. Afloja  
los ocho mil. He contado  
con ellos.

RAMONA. ¿Tú?...

SABINO. ¿No me adoras?

RAMONA. Una cosa es el amor,  
hijo, y el negocio.

SABINO. ¡Tonta!...

¡Si es magnífico!... Si estamos  
metidos con gente gorda!

RAMONA. Pues yo...

ROBERTO. (Con el plano en la mano.)

Porque ustedes vean  
que mi oferta es generosa,  
han de saber que las Cortes

están discutiendo ahora  
la subvencion.

SABINO. (A Ramona.) Nuestro asunto.

RAMONA. El tuyo: yo...

ROBERTO. Si la otorgan,  
como espero, antes de un año  
llega el canal á Zamora.  
Ya sabeis dónde se halla  
la tal finquita; pues toma  
tan grande valor, que hacemos  
todo: una suerte loca.  
Ved: Castronuevo. Estas tierras,  
que están al canal tan próximas,  
diez veces aumentarán  
su valor, cuando las obras  
se terminen... A nosotros  
la dehesa tendrá de costa  
sólo la tercera parte  
de lo que hoy vale; de forma  
que en un año treinta veces  
nuestro dinero se dobla.

RAMONA. ¿Treinta veces?

GASPAR. El negocio...

RAMONA. Chico, dispon de mi bolsa. (A Sabino.)

GASPAR. Que no sepa...

PETRA. ¡Calla!

ROBERTO. Todo

lo perdemos si recobra  
la finca.

PETRA. Hacer la escritura  
á plazo breve.

SABINO. (Sin poder contenerse.) ¡Y sin próroga!

PETRA. ¿Teme usted?

ROBERTO. Temo que un golpe  
nuestros planes descomponga.

PETRA. ¿Cómo?

ROBERTO. Si Pablo se casa  
antes de un mes y la esposa  
es muy rica, con su dote  
puede devolver la cuota

recibida, y nos quedamos  
sin la dehesa.

RAMONA. (A Sabino.) ¿Tiene novia?

SABINO. No sé.

PETRA. (Con petulancia.) Creo que no.

ROBERTO. (Con fuego.) Se indaga  
y se descubre, y se estorba.

No hay que jugar con la suerte:

señores, una vez sola

(Todos le escuchan con ansiedad creciente.)

se presentan en la vida

negocios de tanta monta.

¡El negocio es lo primero!

Que la suerte es rencorosa

y pronto vuelve la espalda

al que una vez la malogra.

PETRA. ¡Oh, sí!

ROBERTO. Voy á formular  
el contrato. (Vase.)

SABINO. Me impresiona  
este hombre.

RAMONA. ¿Crearás que tiemblo  
sin saber de qué?

PETRA. (A Gaspar.) ¿Esa boda?...

GASPAR. También sospecho...

PETRA. ¡Imposible!

¡Digo!... Pues fuera una broma...

y quizás ya es pobre...

CONDESA. ¿Petra?

GASPAR. ¡Calla! (A Petra.)

PETRA. ¡Chit! (A Sabino.)

SABINO. (A Ramona.) ¡Punto en boca!

## ESCENA XVII.

La CONDESA, GASPAR, PETRA, RAMONA y SABINO.

CONDESA. ¿No le has dicho á tu marido  
que quiero hablar con ustedes?

PETRA. ¡Ay! Es verdad: ahora puedes  
decirnos...

- CONDESA. ¡Vaya un olvido!
- GASPAR. Perdon: vino con urgencia un amigo... y no era bien...
- CONDESA. Perdono... porque tambien necesito de indulgencia.
- GASPAR. Desde luego la prometo.
- PETRA. ¡Tú de indulgencia!
- CONDESA. ¿Es extraño?
- PETRA. ¿Y por qué?
- CONDESA. Porque hace un año que les escondo un secreto.
- PETRA. Pues habla.
- CONDESA. Y ¿huyen de mí cuando pido parabienes?
- PETRA. Habla, mujer; ya me tienes curiosa.
- RAMONA. (Acercándose.) Y á mí.
- SABINO. (Idem.) Y á mí.
- GASPAR. Pero mudemos de puesto, si es un secreto, Condesa.
- CONDESA. Aquí mismo, ya me pesa tanto sigilo.
- PETRA. (¿Qué es esto?)
- CONDESA. Gaspar, Petra, y tú Ramona, (Con expansion.) oye tambien.
- PETRA. (¿Qué la obliga?..)  
(Con extrañeza.)
- CONDESA. No penseis por lo que os diga que mi afecto os abandona: de mis nuevas atenciones nada teneis que temer, antes os voy á querer de hoy más con dos corazones.
- PETRA. ¿Dos?
- CONDESA. Sí; que al verlos unidos en la presencia de Dios, tendreis que querer á dos, y de dos seréis queridos.
- PETRA. ¿Te casas? ¿Con quién?
- CONDESA. Pues hablo

de que me voy á casar,  
tan sólo podeis pensar  
en un hombre.

PETRA.

¿En quién?

CONDESA.

En Pablo.

(Movimiento, en Gaspar de sorpresa poco agradable,  
en los demas de profundo disgusto. Pausa.)

CONDESA.

¿Qué es esto?

(Observando los semblantes con inquietud creciente.)

SABINO.

(¡Si el otro es pez!)

PETRA.

¡Pablo!

SABINO.

¡Si lo dijo antes!

CONDESA.

¿Por qué todos los semblantes  
palidecen á la vez?

PETRA.

(¡Y á mi tuvo la insolencia!...)

RAMONA.

Y me abrazó. (Aparte á Sabino.)

CONDESA.

¡Hablad!...

GASPAR.

Señora...

PETRA.

Ya es pobre y esta lo ignora (Aparte á Gaspar.)  
y es un cargo de conciencia...

CONDESA.

¿Qué significa el temor  
que os ha infundido su nombre?  
Hablad por Dios: (Leve pausa.) ¿Ese hombre  
es indigno de mi amor?

Gaspar, usted me profesa  
cariño, firme amistad.

GASPAR.

¿Lo duda usted?

CONDESA.

La verdad,

¡toda la verdad!

GASPAR.

Condesa...

CONDESA.

Pronto.

GASPAR.

Sepa usted ahora  
lo que ha de saber despues.  
Pablo ya... Pablo no es  
lo que parece, señora.  
Callar ofreci: confío  
en que al fin se sabrá todo.  
Aguarde usted, que es el modo  
de no engañarse. (Vase.)

CONDESA.

(¡Dios mio!)

- ¡Petra!...
- PETRA. ¿Qué? (Deteniéndose.)
- CONDESA. Dime en seguida lo que Gaspar me recata. Mira, por Dios, que se trata del bien de toda mi vida.
- PETRA. Conque Pablo... (Con expresión sarcástica.)
- CONDESA. ¡Por favor!...
- PETRA. ¿No comprendes?
- CONDESA. No adivino...
- PETRA. ¡No has visto que el libertino me persigue con su amor! No pensé...
- CONDESA. ¡Dios poderoso!...
- PETRA. Que fueras tan inocente. Si esto hace de pretendiente, figúrate tú de esposo. (Vase.)
- CONDESA. ¡No es sueño!...
- RAMONA. Pues si ha querido emplearse en mi persona.
- CONDESA. ¡Basta!
- SABINO. Si ayer con Ramona andaba á brazo partido.
- CONDESA. ¡Que tanto martirio quepa en un momento!
- RAMONA. Si es un hipócrita; si á tres ha perdido, que yo sepa.
- SABINO. Si no hace más que abrazar.
- RAMONA. Y así con tan buenos modos.
- CONDESA. ¡Basta ya! Dejadme todos. No me acabeis de matar. (Ramona y Sabino se retiran y se detienen al ver entrar á Pablo; quedan en segundo término.) ¡Yo muero!...
- RAMONA. Tuvo la audacia...
- SABINO. Si lo ví.
- RAMONA. Que yo no miento.

## ESCENA XVIII.

LA CONDESA, PABLO, SABINO, RAMONA, despues ANDRÉS  
y luego ROBERTO.

PABLO. (Es mi deber: al momento  
debe saber mi desgracia...)  
¿Isabel?

CONDESA. ¡Oh! (Con ira.)

RAMONA. ¡Qué süave!

SABINO. ¡Toma! Y quizás la convenza.

PABLO. ¡Ah! ¿Qué es esto?

CONDESA. (La vergüenza  
me abrasa.)

PABLO. (Todo lo sabe.)

¿Qué nuevo mal me amenaza  
en ese ceño cruel?

CONDESA. ¿Y usted lo duda?

PABLO. ¿Isabel!...

¿Tambien usted me rechaza?

CONDESA. ¿Y no hay motivo?...

PABLO. ¡Gran Dios!...

¿Piensa usted de esa manera?

CONDESA. Ni una palabra siquiera:

todo acabó entre los dos.

PABLO. ¿Es causa de un rompimiento?...

CONDESA. ¡Basta! (¡Y lo duda el traidor!)

PABLO. (Abismado.) (Fortuna, amistad, amor...

Todo... todo... en un momento!...)

CONDESA. (Las lágrimas que devoro

de cobarde me motejan.)

PABLO. (¡Ay de mí! ¿Por qué me dejan

el alma con que lo lloro!...)

RAMONA. Pero dime: ¿es largo el plazo?

ANDRÉS. Señora, ¿qué detencion

es esta? Ya la reunion

nos aguarda.

CONDESA. Andrés... el brazo.

(Se le da con prontitud.)

ANDRÉS. Perdone usted: al jacinto

he tocado con el codo.

CONDESA. Tómelo usted... de este modo...  
(Arrancándose la flor.)

ANDRÉS. ¡Oh! ¡fortunal! (Esto es distinto!)

PABLO. (¡Él es rico!...)

ANDRÉS. (Pues señor...)

SABINO. Protéjete. (Señalando á Andrés.)

RAMONA. Ya lo sé.

PABLO. (¡Y yo la quinta compré  
porque produjo esa flor!)

CONDESA. (¡Oh! no puedo andar.)

RAMONA. ¿Doblamos  
treinta veces?...

SABINO. En efecto.

ROBERTO. Ven, firmarás el proyecto  
(Saliendo y tocando á Pablo en el hombro.)  
de escritura.

PABLO. (Estremecido.) (¡Oh!)

ROBERTO. (Casi con desprecio.) ¿Tiemblas?

PABLO. ¡Vamos!

(Roberto y Pablo por la izquierda: la Condesa y Andrés por la derecha. Cada uno de los criados sigue á su amo, echando cuentas por los dedos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

*Sala de recibo en la casa de baños. A la derecha una puerta que conduce á las habitaciones de Petra y Gaspar. A la izquierda dos. La primera conduce al dormitorio de la Condesa. La segunda al de Ramona. Otra en el fondo que abre paso á la galería. Es de noche. Todas las puertas están cerradas.*

### ESCENA PRIMERA.

**RAMONA**, que sale de su habitacion con una bujía en la mano. Se acerca de puntillas al dormitorio de la Condesa, aplica el oido á la cerradura de la puerta y escucha un momento.

Pues señor, no me esperaba tanta quietud... No he podido pegar en toda la noche los ojos. Por más que dijo don Andrés, á cada instante oír pensaba los gritos de mi señora, pidiendo socorro: mas por lo visto estaban conformes. Vaya...  
(Poniendo la luz sobre un velador.)  
más vale así. Ya respiro. (Pausa.)  
Pero si aun me queda espina...  
Despues de tanto cariño á don Pablo, ya resuelta á tomarlo por marido, ¡admitir de don Andrés en tal hora y en tal sitio visitas! Tambien el otro le ha salido antojallizo y á más pobre, y la viuda ha mudado sus desiguos

en vista de un desperfecto tan grande. La quiere un rico y... tambien, aunque Condesa, hace negocio. (Pausa.) Imagino que es cerca del alba.—¡Diablo! (Impaciente.)

Si mucho tarda, de fijo lo ven salir.—¡Pues apenas han podido hablar! Él vino á buscarme antes que el ama subiera, y está escondido desde las doce... Si estoy por llamarlo... (Se acerca y sacucha.)

No percibo ni áun respirar...—Tengo miedo.—  
¿Llamo?...

CONDESA. (A Petra, saliendo de la habitacion de la derecha.)

No vengas.

RAMONA.

(¡Dios mio!)

## ESCENA II.

La CONDESA, PETRA, RAMONA.

PETRA. Déjame, que siempre fuiste medrosa.

RAMONA. (Pues no se han visto.)

CONDESA. ¿Piensas acostarte?

PETRA. Un rato y vestida.

CONDESA. Tu marido no puede tardar.

PETRA. Lo espero á las seis, y ya las cinco darán pronto.

CONDESA. (Después de mirar su reloj.) Menos cuarto.

PETRA. Ya ves...

CONDESA. ¡Y cómo se han ido las horas!

PETRA. Desde la una me estás hablando del mismo

negocio. Todo, hija mía,  
te lo has charlado.

CONDESA.

Te he dicho

la causa de mi silencio;  
mi triste amor; los motivos  
que me obligaban...

PETRA.

(Interrumpiéndola.) La historia  
de un año.

RAMONA.

(¿Si se habrá ido?

¿Y cómo? (Mirando á la puerta del fondo.)

Si está cerrada

por dentro. ¡Qué compromiso!

PETRA.

¿No te acuestas?

CONDESA.

Pero dime...

PETRA.

¿Queda más?

CONDESA.

Yo te suplico

que tengas paciencia. Ahora  
te puedo hablar con sigilo,  
y despues hay tanta gente  
importuna...—Aquí vivimos  
en familia,—y estas cosas,  
que siempre arrancan suspiros  
del alma... ya ves... El llanto  
no quiere muchos testigos.

PETRA.

Habla pues.

CONDESA.

Ya que lo sabes

todo, ¿persistes?...

PETRA.

Persisto

en lo que tú, ménos ciega,  
debiste ver.

CONDESA.

¡Que él te quiso  
seducir!...—Dime sus mismas  
palabras.

PETRA.

¡Vaya un capricho!

No tiene amor, hija mía.

(Con ligera ironía.)

un lenguaje definido,  
que á veces tartamudea  
para ser más expresivo.  
Sin necesidad de frases

concretas, hay mil indicios que claramente denuncian amorosos desvaríos.

Eso, todas las mujeres lo conocemos á tiro de ballesta.

CONDESA. Dices bien; pero...

PETRA. ¿Qué?

CONDESA. Yo necesito más pruebas. ¿Quién en la duda se condona á este martirio tan horrible?

PETRA. ¿No lo viste seguirme siempre solícito y...

CONDESA. Mira: yo le mandé disimular, y él sumiso...

PETRA. Y tanto que este mandato se deleitaba en cumplirlo.

CONDESA. ¡Ah!...

PETRA. ¿Y comprar esa quinta porque me gustó?

CONDESA. Eso mismo...

PETRA. Y decir que deseaba con ansia, que su recinto me hospedase algun verano?

CONDESA. ¡Tú en la quinta! ¡Ah! Ya concibo la razon...

PETRA. ¿Cómo?

CONDESA. Él creia casarse pronto conmigo; de este modo, ya tú ves qué fácil hubiera sido que tú... Y acaso pensaba en esto, cuando lo dijo. ¡Si no puedo persuadirme tal maldad!

PETRA. (¿Si habré yo visto visiones?)

CONDESA.

Ya ¿te figuras  
 que los hombres son tan tímidos  
 que si Pablo hubiera dado  
 á tal pensamiento abrigo,  
 en un año, no podrías  
 referirme algun descuido,  
 alguna frase que hiciera  
 evidente su designio?  
 Y ahora recuerdo... Mil veces,  
 al saber que yo averiguo  
 su vida, me ha declarado  
 con la sencillez de un niño,  
 que ansioso solicitaba  
 la gracia de mis amigos,  
 para que siempre su nombre  
 resonase en mis oídos  
 con alabanza. Tú eres  
 la amiga que más estimo,  
 y él... ¡Petra del alma! acaso  
 serán muestras de cariño  
 las mismas con que nosotras  
 componemos su delito.  
 (Y ya ¿qué hacer?...)

PETRA.

CONDESA.

Desde niñas

previenen nuestro juicio  
 contra los hombres, y á veces  
 los juzgamos más inicuos  
 de lo que son.

PETRA.

¡Ay, qué pocas

en ese error incurrimos!

CONDESA.

Si esta pena que me mata,  
 si esta zozobra en que vivo  
 me dicen...

PETRA.

¿Ya no recuerdas

lo que Gaspar te previno?

CONDESA.

¡Ay! ¿es verdad! Y Ramona,  
 y el otro...

PETRA.

Y todos.

CONDESA.

¡Dios mío!

PETRA.

Ya estás libre: aguarda...

CONDESA.

¡Ay, Petra!...

¡con cuánta amargura miro  
 rota mi cárcel!... ¿Qué importa  
 mi libertad, si el espíritu  
 vaga angustioso y no sabe  
 qué hacerse del albedrío?  
 ¡Si él era toda mi vida!  
 ¡Si en torno del fermentido  
 volaba mi pensamiento,  
 como manso pajarillo  
 que por amor y costumbre  
 vuela siempre al mismo nido!  
 ¡Si ha sido mi amor primero!  
 ¡Si era el único camino  
 por donde entraba en mi alma  
 la dicha y el regocijo!

*ap Laura*  
*triste, Ya*  
*no tengo*  
*al en mi*  
 PETRA. Esta esperanza perdida;  
 estos recuerdos marchitos,  
 ¡ay! ¡cuesta tanto encerrarlos  
 en la tumba del olvido!  
 No llores.

CONDESA.

Pues ¿para cuándo  
 es el llanto?

RAMONA.

(Digo, digo...  
 y el otro que espera... Dios  
 me saque de este conflicto.)

PETRA.

Vamos; sosiégate. Duerme  
 algun rato.

CONDESA.

Y ¡tú has querido  
 alguna vez!—Veu: te estoy  
 cansando.... (Dirigiéndose á su cuarto.)

PETRA.

¡Que desatino! (Siguiéndola.)

RAMONA.

Señora... (Saliedo al encuentro de su ama.)

CONDESA.

¡Ah! (Asustada.)

RAMONA.

Soy yo.

CONDESA.

(A Petra.) La pobre  
 de Ramona!... No ha dormido  
 esperándome.

PETRA.

Ya tienes  
 compañía, y me retiro.

CONDESA. Atiende...

PETRA.

¿Vuelta?...

CONDESA.

Es verdad.

¿Y Gaspar? Sin darme aviso

(Mudando de conversacion.)

se fué á Bilbao.

PETRA.

Si viene...

ya sabes...

CONDESA.

Tengo entendido

que le acompaña Roberto.

PETRA.

Sí; fué con él.

RAMONA.

Y Sabino.

CONDESA.

¿Y quién más?

PETRA.

¿Quieres oír

el nombre del individuo?

Y Pablo.

CONDESA.

(Con tristeza.) Yo ya no sé

lo que él hace.—Y ¿á qué han ido?

PETRA.

A hacer un pago.

CONDESA.

(Con indiferencia.) ¡Ah!

PETRA.

Negocios...

Adios... (Si no andamos listos...

nos da un susto.)

### ESCENA III.

La CONDESA, RAMONA.

RAMONA.

Yo pensaba

que estaba usted...

(Señalando la habitacion de la Condesa.)

CONDESA.

No: subimos

juntas, y hablando en su cuarto

nos hemos entretenido.

RAMONA.

(Si yo pudiera impedir

que entre...)

CONDESA.

Conque ¿el señorito?...

RAMONA.

Sí, me abrazó; sí, señora.

CONDESA.

¿Dónde y cuándo?

RAMONA.

(Si consigo

entretenerla...)



RAMONA.

¿Por qué no salimos á dar una vuelta? ¡El campo por la mañana es tan lindo! (Pausa.) (No escucha: ¡Ay, Dios!... Ya se vé... ¡me encargó tanto Sabino que le ayudara!... El negocio manda... Si no es el marido don Pablo, no desempeña en el término preciso nuestra dehesa. Y si las Córtes nos dan lo que hemos pedido para el canal... Doña Petra, y yo, y él, y todos ricos.)

CONDESA. (Pero sin causa, ¿es posible que todos pongan su ahinco en acusarlo?—¿Y yo debo condenarlo sin oírlo?— Le escribiré: que defienda su inocencia. Y si es indigno de esta pasión... ¡que me engañe por caridad!... No vacilo.)

RAMONA. (Pendiente de un hilo estoy.)

CONDESA. (Que al volver halle mi escrito... Esto sí que aliviará mi corazón. ¡Ahora mismo!)

(Se dirige de pronto á su habitación y abre la puerta. ¡Ah! (Se pára como extrañado algo dentro.)

ANDRÉS. Soy yo. (Saliendo.)

CONDESA. (Espantada.) ¡Jesus! ¿Qué es esto?

ANDRÉS. ¡Isabell

RAMONA. (Rompióse el hilo.)

#### ESCENA IV.

La CONDESA, ANDRÉS, RAMONA.

CONDESA. ¡Qué infame desenvoltura!...

ANDRÉS. Oígame usted por favor, que no es verdadero amor el que no raya en locura.

CONDESA. ¡Amor!

- ANDRÉS. El me hizo atrevido  
y mi disculpa previene.
- CONDESA. ¡Qué amor es este que tiene  
asechanzas de bandido!
- ANDRÉS. Yo...
- CONDESA. Salga usted al momento. (Pausa.)
- ANDRÉS. (Lo que es el golpe, se dió.)
- CONDESA. ¿Usted no escucha que yo  
le arrojé de este aposento?
- ANDRÉS. Si usted me hiciera la gracia...
- CONDESA. ¡Oh!
- RAMONA. (No sospecha de mí.)
- ANDRÉS. Señora... yo no creí  
que fuera tanta mi audacia.
- CONDESA. ¿Cómo?... ¿Yo he dado licencia?...  
(Andrés quiere hablar.)  
Mas no: selle usted el labio.  
Ya basta con el agravio  
que me hace aquí su presencia.
- ANDRÉS. Condesa... si está mal hecho,  
usted con más de un favor  
me ha animado.
- CONDESA. ¿Yo?
- ANDRÉS. (Mostrándola.) Esta flor  
se encontraba en ese pecho.
- CONDESA. (¡Oh!...)
- ANDRÉS. Recibida en presencia  
del que creí mi rival.
- CONDESA. (¡Ay, Dios!...)
- ANDRÉS. La juzgué señal  
de mútua correspondencia.  
Luego usted en el salón  
estuvo tan complaciente,  
tan nerviosa!... que la gente  
ha fijado su atención  
en nosotros. Yo rendido  
y víctima de ese encanto,  
no necesitaba tanto  
para ser algo atrevido.—  
Hoy mismo...

CONDESA.

(¡Qué inicua red!...)

ANDRÉS. Debo marchar á Madrid,  
y me valgo de este ardid  
por despedirme de usted  
á solas. Mi atrevimiento  
le ha disgustado, y me pesa;  
mas ya sabe usted, Condesa,  
que tiene algun fundamento.

CONDESA. (Con angustia y luego con ira.)

Ya me dice mi quebranto  
que á cualquier mujer honrada,  
un descuido, una mirada,  
cuesta raudales de llanto.  
Ya sé tambien, por mi mal,  
que en las manos del traidor  
libertino, hasta una flor,  
se convierte en un puñal;  
que usted creer se permite  
que yo le estimo y halago,  
y es muy natural que en pago  
mi deshonra solicite.  
Más que sepa usted anhele  
que si esta flor le entregué, (Se la arrebató.)  
fué tan sin pensar... que fué  
en vez de arrojarla al suelo; (Lo hace.)  
que es mi olvido tan profundo,  
que sin ofensa tan clara,  
ni siquiera recordara  
que usted existe en el mundo.—  
Ya mira usted descubierto  
mi desprecio positivo;  
ya no tiene usted motivo  
para deshonrarme. ¿Es cierto?  
Pues salga usted, confiado  
en que eso que llama amor,  
solo me inspira... el rubor  
de habérselo yo inspirado.

ANDRÉS. No me parece oportuno  
salir.

CONDESA. ¡Cómo!...

- ANDRÉS. Ya es de día...  
y si en esa galería,  
como es fácil, hay alguno...
- CONDESA. ¡Oh! ¡vino á perderme!...
- ANDRÉS. Harto  
les dimos ya que decir:  
si ademas me ven salir  
á estas horas de este cuarto...
- CONDESA. ¿Piensa usted que la impostura?...
- ANDRÉS. Yo pienso, señora mía,  
que sin nombrar mi osadía  
envidiarán mi ventura.
- CONDESA. (Si; dirán...)
- ANDRÉS. No es accion cuerda  
hacer que esto se propale...
- CONDESA. ¡Que el tesoro que más vale  
tan fácilmente se pierda!  
(A Ramona.)  
¡Infame! ¿Cuánto dinero  
te ha valido esta emboscada?
- RAMONA. Yo no me vendo por nada...  
que diga ese caballero...
- CONDESA. Solo tu mano alevosa...
- RAMONA. ¡Señorita!... ¡Yo tomar (Lloriqueando.)  
dinero por... (Ayudar  
mi negocio es otra cosa.) (Con sinceridad.)
- CONDESA. Me basta ser inocente.  
Hágame usted la merced  
de salir.
- ANDRÉS. Bien.
- RAMONA. Deje usted  
que mire si pasa gente.
- ANDRÉS. Si puede amor disculpar...
- CONDESA. ¡Qué máscara tan grosera!...  
(Llaman en la puerta del fondo en el momento en que  
Ramona vá á abrirla. Ella se detiene y escucha.)  
¿Llaman?...
- RAMONA. Sí; y hablan ahí fuera.
- CONDESA. ¿Quién?
- RAMONA. Don Pablo y don Gaspar.

**ANDRÉS.** Calme usted su agitacion:  
no es tan grave el compromiso.  
Yo me escondo, y si es preciso  
bajaré por el balcon.  
(Entra en la habitacion de Isabel: Ramona abre la  
puerta del fondo: el teatro se ilumina del todo.)

## ESCENA V.

LA CONDESA, PABLO y GASPAR.

**CONDESA.** (¿Qué padece la maldad,  
si esto padecen los buenos?...)   
**GASPAR.** (En la puerta, á Pablo, tomándole de la mano.)  
Pero despídete al ménos  
de Petra y de...  
**PABLO.** (Entrando.) Sí; es verdad.  
**GASPAR.** ¿Ya vestida? ¡Qué sorpresa!  
**CONDESA.** Sí tal: dormir no consigo. (Sin mirarlos.)  
**GASPAR.** Aquí viene nuestro amigo  
á despedirse, Condesa.  
**PABLO.** Y sólo así disculpara  
tan importuna visita.  
**CONDESA.** (¡Oh!) (Sin volver el rostro. Pausa.)  
**GASPAR.** ¿Qué has hecho á la viudita  
que ni aun te vuelve la cara? (Aparte á Pablo.)  
Ser pobre.  
**PABLO.** ¿Sabe el asunto?  
**GASPAR.** ¿No adviertes su desagrado?  
**PABLO.** (Gaspar le mira con incredulidad.)  
Sí. (Más pronto se ha olvidado  
del pobre que del difunto.)  
**CONDESA.** (¡Ay! me parece que estalla  
mi razon.)  
**GASPAR.** (Rompió su enlace...—  
¡Ella tambien!...)  
**PABLO.** (Mirando con abatimiento á la Condesa.)  
(¡Aquí yace  
mi ventura!)  
**GASPAR.** (Llamando en su habitacion.)  
¡Petra!...

PABLO.

Calla.

*(Gaspar sigue llamando.)*

No alborotes de esa suerte.

GASPAR.

Quiero que salga en seguida.

PABLO.

No es cosa mi despedida  
para que nadie despierte.Y si no... *(Señalando á la Condesa.)*

## ESCENA VI.

PETRA, DICHOS.

PETRA.

¿Ya de regreso?...  
Di: ¿y el negocio? *(Aparte á Gaspar.)*

GASPAR.

Ya está

firmado...

PETRA.

¿Sabes si dá

la subvencion el Congreso?

GASPAR.

Que hay bastante oposicion  
en los papeles lei.

PETRA.

¿Y teme Roberto?... *(Con inquietud.)*

GASPAR.

Sí;

que nieguen la subvencion.

PETRA.

Pero atiende...

PABLO.

*(Sin dejar de mirar á la Condesa.)*

¡Yo estoy loco!...

¡El idolo de mi fé!...

¿Es posible?... *(Acercándose á ella bruscamente.)*

CONDESA.

*(Desconcertada.)* ¿Cómo?... ¿Qué?...

PABLO.

Que usted se estime en tan poco.

CONDESA.

¡Ah! ¡Por Dios!... Usted creeria...  
*(Procura reponerse.)*

Digame usted. ¿Qué le altera?

PABLO.

¿Ya no merezco siquiera  
un poco de cortesia?

PETRA.

*(Interponiéndose entre los dos.)*¿Conque usted ha decidido  
marcharse?...

PABLO.

Cierto: despues...

GASPAR.

¿Se marchó tu primo Andrés?

PETRA. Creo que no.

PABLO.

(¡Se ha estremecido!)

## ESCENA VII.

~~ROBERTO~~. DICHOS.

~~ROBERTO~~. ¡Oh, qué temprano amanece!...  
¿Saben ustedes?...

PETRA.

¿Qué pasa?

ROBERTO. Que andan por toda la casa  
buscando á Andrés.

PETRA.

¿No parece?

¡Si es loco!...

ROBERTO.

Y le aguarda un coche  
para partir al momento;  
y lo que es por su aposento  
no ha parecido esta noche.  
¿Usted sabe?

PETRA.

Yo no sé  
dónde está.

ROBERTO.

Pues corre priesa.

PABLO.

¿Mi señora la Condesa  
sabe dónde?...

CONDESA.

(Trémula.)

¿Yo? ¿Por qué?

(Pablo y Roberto observan con inquietud creciente á la Condesa.)

PETRA.

Él echa muy de mañana  
á la aldeilla un paseo,  
que no sé qué trapicheo  
tiene con una aldeana.  
Y es muy capaz, si está allí,  
de perder esta ocasion...  
Les diré por el balcon  
que vayan...

(Se dirige al cuarto de la Condesa.)

CONDESA.

(Deteniéndola.) ¡Petra!... ¡Ay de mí!...

(Se desmaya en brazos de Petra.)

PETRA.

¡Chica! ¿Estás mala? ¿Gaspar?...

GASPAR.

¿Qué tiene?

PETRA.

Nada: un vahido.

¡Si la pobre no ha dormido!...

Abre. (Señalando la puerta del cuarto.)

ROBERTO. (No sé qué pensar.)

(Peña y Gaspar meten á la Condesa en su habitación y cierran.)

### ESCENA VIII.

PABLO, ROBERTO. Los dos se interrogan con la vista. Pausa.

ROBERTO. (Pues no hay duda: ha traspasado

(Con ira reconcentrada.)

mí planes!—Su intrepidez

ha sido más venturosa

de lo que era menester.)

PABLO. (¡Y olla escuchaba temblando  
cubierta de palidez!...)

ROBERTO. (Yo quise que la asustara...)

PABLO. (Señalando la habitación de la Condesa.)

(¡Ahí está!)

ROBERTO. (Para tener  
ocasion de interponerme  
y defenderla despues.)

PABLO. (¡Si estoy por entrar!...)

ROBERTO. (Fiado  
en su virtud!... ¡Qué sandez!)

PABLO. (¡Si no hay ojos tan valientes  
que tal verdad quieran ver!—(Pausa corta.)

¡Y ha de quedar en mi alma

esta sospecha cruel

para siempre!)

ROBERTO. (Que me vea  
envuelto en mi propia red!)

PABLO. (Cuando puedo... ¡He de sacarlo  
arrastrando!) (Se lanza á la puerta.)

### ESCENA IX.

RAMONA, que entra por el fondo, DICHOS.

RAMONA.

Don Andrés,

(Al oír este nombre, se detiene Pablo,  
que ahora se marcha, me ha dado

esa carta para usted. (Se la entrega á Roberto.)

PABLO. ¡Ah, gracias! (Mirando al cielo.) Si no cabía tanta infamia en Isabel; si yo la quise, y si fuera capaz de tal proceder, no era posible que el alma la hubiera querido bien. ¡Con qué inicua ligereza juzgamos á la mujer! Porque no me tiene amor, ¿no ha de tener honradez? ¡Gracias, Dios mio! ¡Que sea honrada, ya que no fiel!) (Se dirige al fondo.)

ROBERTO. (Acabando de leer la carta y con satisfaccion.)

(¡Ah!) ¿Pablo? ¿Te vas?  
PABLO. Deteniéndose.) Ahora voy á mandar disponer mi equipaje.

ROBERTO. ¿Ni siquiera te despides?

PABLO. (Con empacho.) Dices bien. Mándame...

ROBERTO. ¿Vas á Bilbao?

PABLO. Cierto; y á Madrid despues.

ROBERTO. Pero antes almorzarás conmigo.

PABLO. No puede ser. Tengo prisa.

ROBERTO. Pues ya sabes que de mí... (Dándole la mano.)

PABLO. Todo lo sé.

Adios.

RAMONA. (Pues si este se vá Sabino se irá tambien.)

## ESCENA X.

ROBERTO.

(Repasando la carta.)

Que estuvo toda la noche

solo en su cuarto. ¡Eso es!  
 que ella se mostró indignada  
 de su atrevimiento: bien...  
 Que la pobre, aunque inocente,  
 comprometida se vé,  
 (Leyendo.)

«Porque me han visto al bajar,  
 »lo mismo que la otra vez.  
 »Cuando empiece el *tole, tole*,  
 »la puedes predisponer  
 »al casamiento: le dices  
 »que por mi parte no crees  
 »que habrá oposicion, pues sabes  
 »que soy un hombre de bien.  
 »La fama de mi riqueza,  
 »el afan de no perdor  
 su honra, y tu labia, espero  
 que vencerán su desden.  
 »Escribeme. ¡Qué negocios  
 »haremos!» Qué imbécil es! (Pausa.)  
 Pues señor... ¡perfectamente!—  
 Pablo ha tronado, merced  
 á la parte que la Petra  
 tomó en el negocio. Andrés,  
 sin sospecharlo, me sirve  
 mucho mejor. (Pausa.) Cuando esté  
 ella afligida y... yo puedo  
 su inocencia defender.—  
 Andresito... No me estorba.  
 Comprando sus pagarés,  
 es decir, sus escrituras  
 de depósito, yo haré  
 que le den su recompensá  
 un escribano y un juez.  
 Metido Andrés en la cárcel,  
 con mostrar este papel  
 queda la Condesa honrada,  
 tan honrada como es.  
 ¿Es mucho exigir su mano  
 en premio de esta merced?

¡Prudencial... Son dos negocios de muchísimo valer: la Condesita y la dehesa de mi amigo Pablo... ¡Pues!... dos negocios que se van redondeando muy bien, y que fundidos en uno completan mi redondez. (Pausa.) Pablo y Andrés... ¡qué demonios!... que defiendan su interés. Dentro del negocio cabe todo lo que es menester para el negocio: ¡soy hombre que hace negocios, y amen!

### ESCENA XI.

ROBERTO, GASPAS: despues la CONDESA y PETRA.

¿Cómo sigue?

GASPAS. Bien.

ROBERTO. Explorando. ¡Es raro ese desmayo!...

GASPAS. Preocupado. Al volver en sí, preguntó si había alguien en el cuarto.

ROBERTO. ¿Y qué?

GASPAS. No quería convencerse de que estábamos los tres solos.

ROBERTO. Ahí viene.

PETRA. ¡Si apenas te puedes tener en pie!...

CONDESA. Es que me ahoga ese cuarto y no he de parar en él ni un momento.

PETRA. (¡Qué rareza!)

ROBERTO. Doy á usted mi parabien.

CONDESA. Gracias, Roberto.—Y hoy mismo nos marchamos.

PETRA. ¡Hoy!

- ROBERTO. Andrés  
ya se ha marchado.
- CONDESA. (Con satisfacción.) (¡Ah!)
- ROBERTO. (Respira.)
- PETRA. Y muchos.
- ROBERTO. (¡Pobre mujer!)
- PETRA. ¡Esto ya se va poniendo tan triston!
- CONDESA. (A Gaspar.) Escriba usted á mi mayordomo el día de mi llegada.
- PETRA. (Aparte á Roberto.) ¿Han de ser tales que no nos concedan la subvencion?
- ROBERTO. No lo sé.  
Lo principal es que Pablo no devuelva... Que despues...
- PETRA. ¿Sabremos hoy si las Córtes?...
- ROBERTO. Un propio me ha de traer las cartas. Tarda y lo espero en una inquietud cruel.  
Voy...
- PETRA. Venga usted á avisarme en el momento.
- ROBERTO. Vendré. (Sale.)
- PETRA. Pues chica, ya que nos vamos, voy á preparar el tren de marcha. (Entra en su habitacion.)

## ESCENA XII.

La CONDESA, GASPAS.

- GASPAR. ¿Escribo á mi nombre?
- CONDESA. No, señor; yo firmaré: que si no se asustaria el pobre viejo.
- GASPAR. Está bien.
- CONDESA. ¿Conque hoy?
- CONDESA. ¡Y ojalá no hubiera venido!

- GASPAR. ¡Cómo ha de ser!  
No por eso se evitaba  
su ruina.
- CONDESA. ¿La de quién?
- GASPAR. La de Pablo. Ya usted sabe...  
Ya comprenderá por qué  
le dije...
- CONDESA. ¡Si todavía  
no me puedo convencer!
- GASPAR. Veremos. Mas por de pronto  
no le consiente la ley  
disponer de aquellos bienes  
anejos...
- CONDESA. (Con extrañeza.) ¿Qué dice usted?
- GASPAR. La verdad: que esa fianza  
le puedo costar muy bien  
toda su fortuna.
- CONDESA. ¡Oh! ¿Cuándo  
ha sabido usted?...
- GASPAR. Ayer.  
Cuando él mismo.
- CONDESA. ¿A eso aludían  
las frases?
- GASPAR. Pues ya se vé.—  
Es pobre y yo... recordando  
la reserva y la esquivez  
con que usted esta mañana  
le ha recibido, pensé  
que en vista de lo que ocurre,  
usted pensaba romper  
la boda.
- CONDESA. ¡Gran Dios! ¡Si Pablo  
lo habrá pensado también!
- GASPAR. (Con gran sorpresa.)  
¿Pues qué otro motivo?...
- CONDESA. Petra  
me dijo...
- GASPAR. ¿Qué?
- CONDESA. No se qué.  
Escriba usted, y... (Queriendo alejarle.)

GASPAR.

¿Nos vamos?

CONDESA. Sí.

GASPAR. (¿Finge?)

CONDESA. ¡Dios de Israel!

## ESCENA XIII.

La CONDESA.

Este dijo... y se figura...  
 ¡Qué más pruebas necesito,  
 si en lugar de su delito  
 encuentro su desventura!  
 Que se halla en riesgo inminente  
 su hacienda, dice Gaspar.  
 ¡Qué ménos me ha de costar  
 el saber que es inocente! (Pausa.)  
 Pablo ve... sin duda alguna,  
 su desgracia y mi rigor,  
 ¡y juzga que está mi amor  
 á merced de la fortuna!  
 ¡Yo... que por gozar el bien  
 que me inunda de alegría,  
 poco es su hacienda, la mia  
 hubiera dado tambien!  
 ¡Y piensa en estos momentos  
 que tanta bajeza cabe!...  
 ¿Qué sabe amor, si no sabe  
 adivinar pensamientos?  
 Pero, en fin... tiene razon;  
 él no ha visto... ¡Dios eterno,  
 si debe ser un infierno  
 aquella imaginacion!  
 No comprende mi desvío  
 y con justicia me increpa.  
 ¿Qué haré yo para que sepa  
 que no soy capaz?... ¡Dios mio!...  
 que mi suerte miserable  
 sea tal, que me afane ahora  
 porque sepa el que me adora  
 que yo no soy despreciable!

## ESCENA XIV.

La CONDESA, RAMONA.

RAMONA. Todos toman el camino.

CONDESA. ¿Don Pablo?...

RAMONA. Tambien se va.

CONDESA. ¡Ah! ¿se fué?

RAMONA.

No se ha ido ya

porque no encuentra á Sabino.

(Pues no está.) (Mirando alrededor.)

CONDESA.

Vé á su aposento

y dile...

RAMONA.

¿A don Pablo?

CONDESA.

Sí.

Que al momento venga aquí,

que yo lo mando; al momento.

RAMONA. ¡Que venga!... (Con extrañesa.)

CONDESA.

Corre.

RAMONA.

¿Y le indico

que es usted quien lo ha mandado?

CONDESA.

No, no; que estará enojado:

dile... que yo lo suplico.

## ESCENA XV.

La CONDESA.

Si hoy le quiere el alma mia  
más que nunca le ha querido.

Y es natural: ¡he vivido

sin amarle todo un día!

Quiera Dios que pronto acuda,  
que ya la inquietud me abrasa.

Yo le diré cuanto pasa,

y lo creará: ¿quién lo duda?

A pesar de sus enojos

no habrá podido perder

la costumbre de leer

mi corazón en mis ojos.

Y leerá mi pesadumbre,

la verdad del alma mía,  
 que no se pierde en un día  
 tan agradable costumbre. (Pausa.)  
 ¡Esta tardanza es cruel!...  
 ¿Si habrá emprendido el viaje?  
 ¡Si mi suerte!... (Escucha.) ¡Ah! un carruaje...  
 ¡y parte!... ¡Pablo vá en él!  
 ¡Y no me escuchas!... ¡Y qué ideas  
 irán turbando su calma!...  
 Y creará... ¡Pablo del alma!...  
 ¡no te vayas, no lo creas!...  
 La que tu amor ha alcanzado,  
 ¿qué bien puede codiciar?  
 ¿Ni cuál te puede negar  
 quien toda el alma te ha dado?

### ESCENA XVI.

La CONDESA, RAMONA: despues PABLO y PETRA, y despues  
 SABINO.

¿Se marchó?

RAMONA.

¡Qué! No, señora,

viene al punto.

CONDESA.

(¡Ah! Ya descansa

mi corazón!)

RAMONA.

Mas Sabino

no parece.

CONDESA.

Hoy es la marcha.

Véte á tu cuarto y arregla...

y no vuelvas á esta sala

sín que te avise.

RAMONA.

(El negocio

peligra.) (Entra en su cuarto.)

PABLO.

Que usted me llama

me han dicho y...

CONDESA.

¡Pablo! (Vá á abrazarle.)

PETRA.

(Saliendo.)

¿Isabel?

CONDESA.

(¡Maldita!...) (Deteniéndose.)

PETRA.

Ya está la carta...

CONDESA.

Bien... despues...

- PETRA. Es que Gaspar  
te espera: ven á firmarla.
- CONDESA. Dí que voy...
- PETRA. ¿Pablo? (Pasa á su lado.)
- CONDESA. (No sé  
cómo me contengo!... ¡Eh! ¡calma!  
¡Ya está seguro!)
- PETRA. ¿Y el viaje,  
se suspende?
- PABLO. No. (¿Qué pasa  
aquí?)
- CONDESA. ¿Pero has arreglado?...  
PETRA. Todo: no me falta nada.
- CONDESA. (¡Y no me dejad!...)
- PETRA. Sentémonos.
- CONDESA. (¡Esto más!) Ven, que aún nos faltan  
muchas cosas. (Entra Sabino.)
- PETRA. No...
- CONDESA. Si tengo  
que hablarte.
- PETRA. Vamos.
- CONDESA. (Aparte á Pablo.) Aguarda.
- SABINO. ¿Señor?...  
CONDESA. (Pues vino tan pronto,  
no hay miedo de que se vaya.)  
(Entran en la habitación de Petra.)

## ESCENA XVII.

PABLO y SABINO.

- PABLO. (¿Qué es esto? Que aquí la aguarde  
me dice, y en sus miradas,  
llena de ternura, ha vuelto  
á resplandecer el alma.)
- SABINO. (No hay duda: cuando habla solo  
sigue tronado.)
- PABLO. (¿Y qué causa,  
en un espacio tan breve,  
motiva tantas mudanzas?)
- SABINO. Señor, usted...

PABLO.

(Ya no debo suponer que es mi desgracia; porque esa es la misma y...—Ella lo dirá.)

SABINO.

¿Usted me llamaba?

PABLO.

Sí... (Distraído.)

SABINO.

¿Qué ocurre?

PABLO.

Que he dispuesto...

SABINO.

¿Marcharnos?

PABLO.

Y esta mañana,  
¿dónde has andado?

SABINO.

Yo... hay cosas  
que...

PABLO.

Dí.

SABINO.

Yo puse la escala.

PABLO.

¿Qué escala?

SABINO.

Sí no es por mi  
se desnuda.

PABLO.

¿Quién? Acaba.

SABINO.

¿No sabe usted lo que ocurre?

PABLO.

No.

SABINO.

¿Pues sí en toda la casa!...

PABLO.

¿Qué saben?

SABINO.

Que don Andrés  
ha pasado en esta estancia  
la noche.

PABLO.

¿Eso dicen?

SABINO.

Eso  
hemos visto.

PABLO.

¿Tú?... ¿Qué?... habla.

SABINO.

Cuando usted y don Gaspar  
subieron aquí, yo estaba  
ahí bajo; cierto ruido  
me hizo fijar la mirada  
en este balcon y veo  
que asoma un lienzo y se alarga  
y se alarga, y luego salen  
dos manos de hombre y lo atan.  
Sale don Andrés entero  
y sin vacilar, cabalga

en la barandilla y mira  
 alrededor y se agarra  
 á los hierros, luego al lienzo,  
 y midiendo medias varas  
 comenzó á bajar. No había  
 medido bien la distancia:  
 se quedó en el aire: yo  
 puse debajo la escala  
 que está en el nogal, y el hombre,  
 más sano que una manzana,  
 tomó tierra. Pide avíos  
 de escribir: pone una carta  
 para don Roberto: busca  
 el coche que le esperaba,  
 y subiéndose al pescante  
 y diciendo: «no me atrapa  
 ninguna,» restalla el látigo  
 y los caballos se lanzan  
 al escape.—Todavía  
 está la bandera blanca  
 en el balcon: más de veinte  
 la miran, y á cada ráfaga  
 de viento que la sacude  
 y la despliega ¡qué gracias  
 suenan en el corrol—Dicen  
 todos que ya sospechaban  
 el amor de la viudita  
 y don Andrés; que esta hazaña  
 no es la primera. Lo mismo  
 hizo con otra muchacha  
 hace tres años.—Y usted  
 sin saber nada....

(Pablo ha escuchado esta relacion con ira, que cree  
 hasta convertirse en calma feroz.)

PABLO.

Yo... nada.

SABINO.

Verdad que á quien más importan  
 estas cosas, se las callan.

PABLO.

¿A mí?... Pues ¿me importa á mi  
 esa mujer?... (Volviendo á la ira.)

SABINO.

Yo pensaba...

- PABLO. Si dices que yo he querido...  
si dices...
- SABINO. (Espantado.) Ni una palabra.
- PABLO. ¡Te arranco la lengua! Véte.
- SABINO. Yo no sé...
- PABLO. Véte.
- SABINO. ¡Caramba!
- PABLO. Allí el lienzo... Aquí la flor  
que le di pisoteada...  
(Mirándola en el suelo.)  
¡Hecha pedazos y expuesta  
à la vergüenza mi alma!...  
No tengo celos... que celos  
no inspiran estas infamias.  
Se hiela mi sangre... juzgo  
que su deshonor me alcanza...  
Al fin la quise...—Y ahora  
¿qué busca esa desdichada?  
¿qué exige de mí?—No hay duda:  
ha perdido la esperanza  
del otro y... Si no merece  
ira. ¡Gran Dios! Dadme calma.  
Por fortuna nadie sabe  
de cierto que yo la amaba.

### ESCENA XVIII.

PABLO, la CONDESA.

- CONDESA. ¡Ah! ¡ya podemos hablar!...  
¡Pablo del alma!... (Va á abrazarle.)
- PABLO. (Deteniéndola y rotirándose.) ¡Señora!...
- CONDESA. ¡Ay! por Dios...
- PABLO. ¿Cómo es que ahora  
no teme usted publicar  
su amor?
- CONDESA. Si lo dije ayer.
- PABLO. ¡Oh! ¿Saben?... (Con ira reconcentrada.)
- CONDESA. ¿Te es tan sensible?
- PABLO. (Si concibo que es posible  
dar la muerte à una mujer!...)

- CONDESA.** Ayer mismo nuestra union  
anuncié. De eso ha nacido...  
¡Si vieras cuánto he sufrido,  
me tuvieras compasionk...  
Mírame y haz que recobre  
su quietud la que te adora.
- PABLO.** (El otro se fué, y ahora  
se juzga digna de un pobre.)
- CONDESA.** Yo sin saberlo te di  
razones para quejarte;  
pero... ¡ay! si no puedo hablarte  
mientras me mires así.
- PABLO.** Prosigá usted. (Aparentando calma.)
- CONDESA.** Nuestra union  
les dije: de mil maneras  
se oponen todos. ¡Si vieras  
qué horrible combinacion  
de sucesos; qué importuna  
coincidencial... ¿Quién creería  
que para hacer mal, tenía  
tanto ingenio la fortuna!  
¿Qué más? La Petra creyó,  
yo no sé con qué pretexto,  
que tú los ojos has puesto  
en ella; que la amas.
- PABLO.** ¿Yo?...
- (¡Oh, qué farsa!...)
- CONDESA.** Ella engañada  
ocasionó mis extremos.
- PABLO.** (Los pobres no merecemos  
mentira mejor fraguada.)
- CONDESA.** Dudé: perdon: ¿que no sea  
tu castigo tan violento!...  
¿En quién no influye un momento  
el mundo que le rodea?  
¿Quién puede del mismo modo  
siempre esperar y creer?  
Todo se llega á temer  
cuando hay ejemplo de todo.  
Nos cercan tantos modelos

de perfidia, tan profundo  
 desórden, que ya en el mundo  
 no es posible amor sin celos.  
 ¡Allí la traicion en calma!...  
 ¡Aquí el engaño se ofrece  
 siempre dormido!...

PABLO. (¡Parece  
 que está leyendo en mi alma!)

CONDESA. ¡Eh!... basta...—No se dilate...

PABLO. ¡No! que al fin quiere la suerte  
 que el engaño se despierte  
 y la traicion se delate!

CONDESA. ¡Qué engaño!...

PABLO. Yo empobreci  
 y usted me olvidó, señora.

CONDESA. ¡Ah!

PABLO. Y ahora vuelvé, y ahora  
 usted no es digna de mí!

CONDESA. ¡Pablo!... ¡Ay, qué duro castigo!  
 ¡Yo olvidarte!... ¡yo!...

PABLO. (Mirando alrededor.) Más quedo.

CONDESA. No abuses de que hoy no puedo  
 incomodarme contigo  
 Por Dios, Pablo, no consentas  
 en la ruidad de esos seres  
 fiscales de las mujeres,  
 rebuscadores de afrentas;  
 que piensan en su maldad  
 cuando nuestra vida exprimen,  
 que hasta encontrar algún crimen  
 no han hallado la verdad!

PABLO. ¡Eh!... ¡Basta de fingimientos!

(Cogiéndola por un brazo.)

que no hay mayor insolencia  
 que fingir tanta inocencia  
 con tan torpes sentimientos.  
 Anoche...

CONDESA. ¡Dios soberano!

PABLO. Aquí... tu honra... mi amor...  
 Y hoy, rebosando candor...

CONDESA. ¡Oye!

PABLO. ¡Me ofreces tu mano!  
Y todo se queda en calma  
cuando mi esposa te llames...

¡Si piensan estas infames  
que ya no hay amor, no hay alma!

CONDESA. ¡Por Dios! ¡Ha de ser la ira  
quien me juzgue? ¡Oye sereno,  
oye por Dios!

PABLO. ¿Te condeno  
sin motivo?... ¿Es verdad?

(La coge del brazo, la lleva á su habitacion y abre la  
puerta.)

Mira:

allí está. ¿No te confunde  
ese lienzo en tu balcon!

¡Escandaloso pregon  
que tu deshonor difundel!

CONDESA. ¡Oye por la Virgen santa!

PABLO. No te quieras disculpar,  
porque estoy por anudar  
ese lienzo á tu garganta.

CONDESA. ¡Por tu madre! (Arrodillándose)

PABLO. ¡Calla!

CONDESA. (Coxiéndole una mano.) ¡Adviertel!

PABLO. ¡Suelta!

CONDESA. Mátame si miento.

PABLO. ¡Si la muerte es un momento!  
¡Si no es venganza la muerte!...

CONDESA. ¡Escucha!

PABLO. ¡Matarte yo!

No tiembles. ¿Quién de eso trata?

CONDESA. ¡Pablo!...

PABLO. Por celos se mata;

por tanta vileza ¡no!

No quiero yo que tu muerte  
diga á quien no lo ha sabido,  
que alguna vez he caído  
en la infamia de quererte.

## ESCENA XIX.

La CONDESA, despues PETRA, GASPAB y RAMONA.

CONDESA. (Levantándose.) ¡Eh! valor para luchar  
por mi honra. No es amor  
lo que te pido, Señor, (Mirando al cielo.)  
es honra! ¡Petra! ¡Gaspar!  
¡Ramonal! (Gritando.)

PETRA. ¿Qué pasa aqui?

GASPAB. ¿Qué es esto?

CONDESA. ¡No lo creereis!

PETRA. Habla por Dios...

CONDESA. ¿No sabéis

lo que se cuenta de mi?

Que anoche en mi compañía...

Andrés... ¿Qué más me preguntas?

GASPAB. ¡Jesús! ¡Qué maldad!

PETRA. ¡Si juntas

estuvimos hasta el día!

CONDESA. ¿Es verdad?

RAMONA. ¡Si yo despues

me quedé con mi señora!...

CONDESA. ¿Es verdad?

GASPAB. (Indignado.) Pues ¿quién ignora  
que es una infamia!...

CONDESA. ¡Oh! ¡lo es!

PETRA. Verás como yo confundo

esas calumnias atroces!...

CONDESA. ¡Verdad que direis á voces!...

GASPAB. ¡A voces y á todo el mundo!

CONDESA. ¡Pablo!... (Sale gritando por el foro izquierda.)

## ESCENA XX.

PETRA, GASPAB, RAMONA, ROBERTO y SABINO, que  
entran por el foro derecha.

GASPAB. ¡Qué inicua invencion!...

PETRA. Vamos... (Se dirigen al fondo.)

SABINO. ¡Victoria!...

PETRA.

ROBERTO. ¡Albricias!

¿Qué es eso?

(Entra con un número de La Correspondencia.)  
¿Por qué?...

PETRA.

ROBERTO.

¡El Congreso

concede la subvención!

PETRA.

¿Lo dice? (Arrebatándole el periódico.)

ROBERTO.

Aquí... Yo le he puesto  
señal... (Señalando al sitio.)

PETRA.

¡Si aun no lo he creído!...  
(Lee.) «Sentenciado á muerte ha sido  
el que envenenó...» No es esto.

ROBERTO.

Más bajo...

PETRA.

¡Ah! sí... (Lee para sí.)

ROBERTO.

¿Qué negocio,

Gaspar!

PETRA.

¡Al pié de la letra!...

RAMONA.

¿Qué suerte!...

SABINO.

¿Qué doña Petra!

¡y qué magnífico socio!

ROBERTO.

Las acciones del canal (Todos le rodean.)  
han subido: los terrenos  
cercanos suben lo ménos...

PETRA.

¡Una fortuna!...

SABINO.

¡Un caudal!...

PETRA.

El tanto llega y con creces  
á los cálculos que echamos.

ROBERTO.

¡Ya treinta veces doblamos!...

PETRA.

¡Treinta veces!...

SABINO.

¡Treinta veces!...

ROBERTO.

Ya cada cual interesa  
su porvenir en el lance.

PETRA.

Ya es forzoso á todo trance  
que no recobre la dehesa.

GASPAR.

Si él no trata...

ROBERTO.

¡Se destruyen  
sus planes!...

PETRA.

¡Fuera terrible!...

## ESCENA XXI.

DICHOS, la CONDESA, que trae de la mano á PABLO. CABALLEROS y SEÑORAS, que al principio se quedan á la puerta y despues ocupan el fondo.

CONDESA. Ven. (Entrando con Pablo.)

PETRA. ¡Ah! (Asustada: todos se estremecen.)

CONDESA. Decid si es posible  
la infamia que me atribuyen.

ROBERTO. Yo... luego... hasta la evidencia (Aparte á Petra.)  
demuestro que honrada es.

¡Ahora no!...

PETRA. (Aparte á Gaspar.) Calla. Despues  
probaremos su inocencia.

CONDESA. ¡Oh!...

PABLO. Ya quizás no se acuerde  
ninguno...

(A la Condesa con sarcasmo sangriento.)

CONDESA. ¡Veis mi zozobra?!

GASPAR. ¡Ah! (Con angustia: Petra le coge la mano.)

SABINO. (Aparte á Ramona, coriéndola de la mano.)

Si se casa, recobra  
la finca y todo se pierde. (Pausa.)

PARLO. ¿Aquí la prueba se halla?  
(Señalando el cuadro.)

CONDESA. ¡Ay triste!... ya me abandona (Abonadada.)  
el cielo!... ¡Petra! ¡Ramonal  
¿Estais mudos?

PETRA. ¡Calla! (A Gaspar.)

SABINO. (A Ramona.) ¡Calla!

PETRA. Á nosotros... dos millones.

ROBERTO. ¡Más! (Aparte á Petra.)

PETRA. ¡Y más! (Aparte á Gaspar: casi al oído.)

CONDESA. (Aterrada.) ¿No veis mi estado?  
¿Que sierpes se han enroscado  
á todos los corazones?

PETRA. Si tienes hijos...—Con tiento,  
que esta es su suerte, Gaspar.

SABINO. A ti te pueden tocar

más de cien mil.

RAMONA. (Maquinalmente.) Más de ciento.

CONDESA. ¿No sabéis que se vulnera  
mi honor? ¡La verdad imploro!  
¡Por Dios!... ¿No veis que el que adoro  
vuestras palabras espera?

SABINO. (Trescientos...) (Echando cuentas.)

CONDESA. Tú ¿no has pasado  
toda la noche conmigo!

(Encarándose con Petra.)

Responde: di...

PETRA. ¿Pues yo digo?...

CONDESA. Y usted ¿no sabe?... (A Gaspar.)

GASPAR. Yo he estado...

CONDESA. Tú... (A Ramona.)

RAMONA. ¿Yo, qué?...

CONDESA. Claro se vé...

Me matan... ¿No es desvarío?

RAMONA. Ciento... (Echando cuentas.)

SABINO. Trescientos... (Idem)

CONDESA. ¡Dios mío!

¿Por qué me matan, por qué?

Tú de esta inicua sentencia

el mismo agravio recibes...

¡Y él aquí (Por Pablo.) ¡Por qué no escribes  
en el rostro la inocencia!

(Pausa.)

Y ¿pensáis que estos agravios

me envilecen? ¡Qué sandez!

¡Qué!... ¡La virtud, la honradez

dependen de infames lábios!

¡Soy honrada! y aunque vea

el orbe lo que sucede,

el orbe entero no puede

hacer que yo no lo sea!

Si yo me debo quejar

á mí misma, á mí que vengo

á pedirles lo que tengo,

lo que ellos no pueden dar.

¡Mi honra! ¿quién os la pide,

si siempre me ha acompañado!  
 ¡La debo á Dios, que me ha dado  
 el alma donde reside!

¡Callad! Destrozadme así.  
 Ya todo me importa nada;  
 que me basta ser honrada  
 para Dios y para mí!  
 ¡Y lo soy! y ese desden  
 no me aflige... no me altera...

(Se vuelve, encuentra á Pablo y prorrumpe en llanto.)

¡Ay, Pablo! Si yo pudiera  
 serlo para tí también!...

PABLO. (¡Callan!...)

CONDESA. Miralos atento.

¿Ves que aspecto tan sombrío?  
 ¿Por qué si el delito es mio,  
 es vuestro el remordimiento?

PABLO. (¡Y callan!...)

CONDESA. ¿Por qué temblais?

¿Lo ves? Temblando se hallan.  
 ¡Todos tiemblan!... ¡Pero callan!...

PABLO. (Sin poder contenerse.)

¡Infames! ¡por qué callais!

(Todas las figuras, hasta aquí abismadas y temblorosas  
 toman una actitud insolente al oír á Pablo.)

¡Yo solo tengo derecho  
 á juzgar sus extravíos!  
 pero-á vosotros, impíos!  
 esta infeliz ¿qué os ha hecho?...

¿Por qué no sale una voz  
 de esas entrañas de roble?  
 Cualquier mentira es más noble  
 que ese silencio feroz.

¡Si ya juzgo que la mengua  
 es vuestra y ella inocente!...  
 Y si alguno me desmiente  
 le voy á arrancar la lengua!

CONDESA. (Trémula de gozo.)

¡Pablo mio!... ¡Pablo mio!...

PETRA. (Con voz alta y desconcertada.)

Ella es rica... y de ese modo...

CONDESA. ¡No los oigais!...

PETRA.

Y por todo

pasa.

PABLO.

(¡Ay, Dios!) (Aterrado.)

CONDESA. (Procurando llevárselo.) En tí confío:

ven: salgamos sin demora  
de estas gentes. Tú sabrás  
lo que ha pasado.

PABLO.

¡Jamás

volvemos hablar, señora!

CONDESA.

¡Ah!...

PABLO.

¡Silencio! ó no respondo  
de nada. (Váse.)

CONDESA.

¡Virgen María!...

llévame... (Cayendo sin sentido.)

PETRA.

¡Cielos! (Acudiendo.)

ROBERTO.

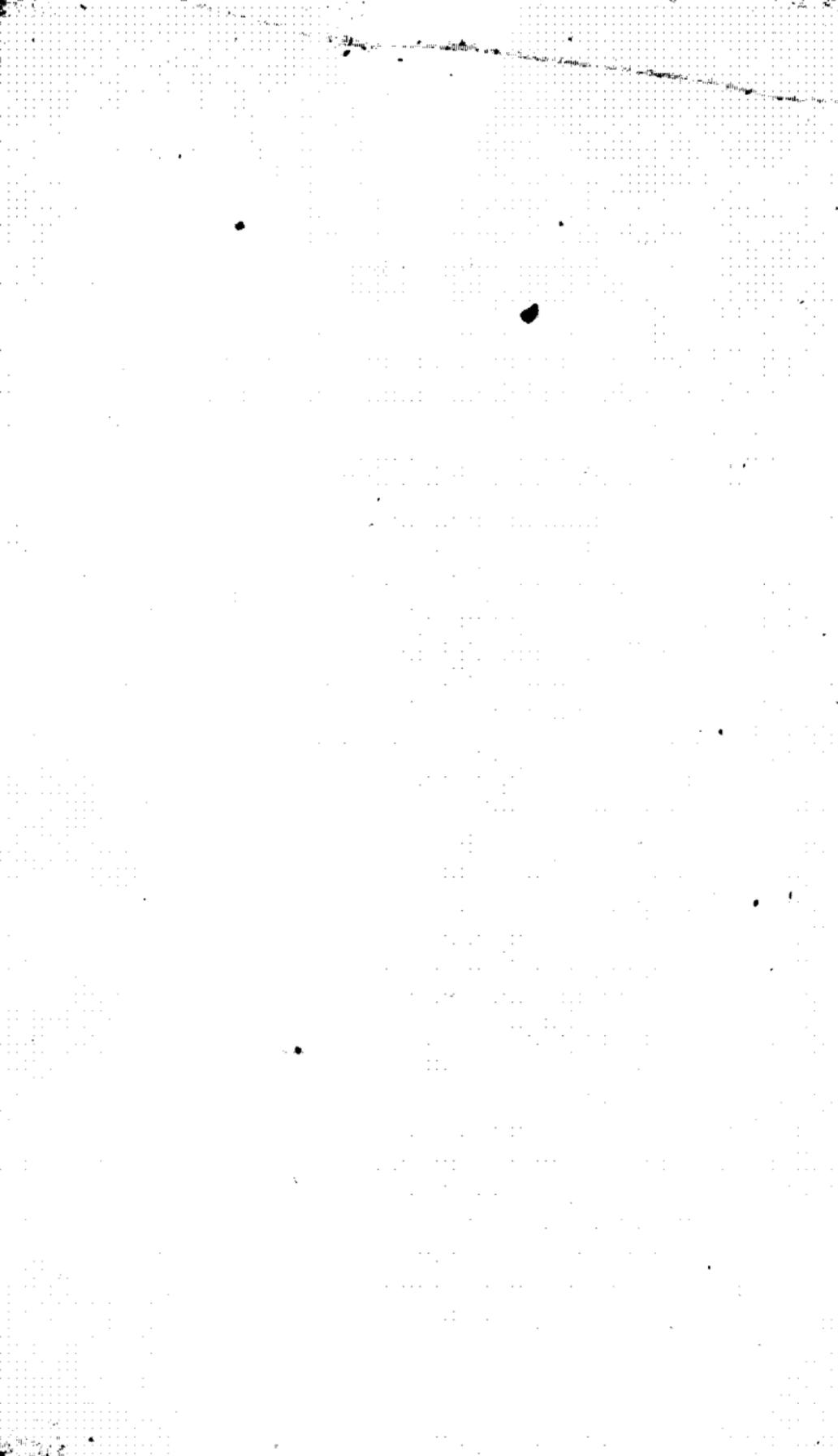
(Que lleno de inquietud se ha acercado á los dos, oye  
con satisfacción las últimas palabras de Pablo, y recibe  
en sus brazos á la Condesa.)

(¡Ya es mía!...)

¡Calma! (A Petra, Gaspar, Sabino y Ramona, que le  
rodean espantados.)

(¡Negocio redondo!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.

*Sala lujosamente amueblada en casa de la Condesa en Madrid. Dos puertas á cada lado y una en el fondo.*

### ESCENA PRIMERA.

ROBERTO y RAMONA.

ROBERTO. ¿Y está mejor?

RAMONA.

¡Ya lo creo!

Desde que dimos la vuelta á Madrid, parece otra. Ya no le repite aquella convulsion... ¡Ay, don Roberto! pasamos la pena negra en las Provincias.

ROBERTO.

Extraño

que á tí no te despidiera despues...

RAMONA.

Sí, señor; lo hizo.

Como usted con tanta priesa vino detrás de don Pablo á poner en toda regla la escritura, no ha sabido lo que pasó.

ROBERTO.

Cuenta, cuenta.

RAMONA.

Quedó, despues de aquel lance, muy tranquila; casi lela. Escuchaba sin oír; miraba sin ver. Y apenas disculparnos pretendimos, se puso como una fiera,

y agarrándonos del brazo,  
 nos echó de su presencia.  
 La verdad, dejarla allí  
 tan sola, nos daba pena.—  
 Estabamos indecisos,  
 cuando la misma Condesa  
 nos llama y nos dice, casi  
 con ternura, ¡si es muy buenal  
 «¿no sabeis que yo no puedo  
 aborrecer aunque quiera?  
 ¿no sabeis que no hay agravio  
 más grande que mi indulgencia?  
 ¿Qué os he hecho yo? ¿Por qué causa  
 me matais? Decid siquiera,  
 por qué...» Vaya, si estas cosas  
 hacen llorar á las piedras.  
 (Enjugándose los ojos.)

ROBERTO. (Alarmado.)

¿Le dijisteis la verdad?

RAMONA. ¡Qué! no, señor. Doña Petra  
 dijo que el otro es su primo;  
 que toda la parentela  
 ambicionaba la boda,  
 y en fin cosas como estas.  
 Yo, que estaba allí mi novio,  
 y porque no presumiera  
 que la cosa había pasado  
 conmigo, y así... Mas ella,  
 «por eso no se asesina,»  
 daba por toda respuesta.  
 Y luego añade: «¡ay, qué imbéciles!  
 piensan engañarme...» Y suelta  
 una carcajada, y sigue  
 la carcajada, y no cesa  
 de reirse, y hasta el médico  
 se puso como la cera  
 cuando la vió, y hubo instantes  
 en que la dimos por muerta.  
 Se aliviaba: nos llamaba:  
 vuelta á las preguntas: vuelta

á las risas: y nosotros  
sin saber por qué vereda  
echar; pues dejarla sola  
era crueldad manifiesta,  
y estar á su lado, ¿cómo  
si nuestra misma presencia  
la empeoraba? ¡Ay, todavía  
me están temblando las piernas!  
En fin, mejoró, vinimos...  
y hoy pienso que nos sujeta  
á su lado...

ROBERTO. ¿Por saber  
el secreto?

RAMONA. Esa es su idea.  
Nos pregunta... mas no insiste,  
porque la pobre le tiembla  
á la convulsion.—Nos trata  
hasta con mimo.

ROBERTO. ¿De veras?

RAMONA. Pero saca las uñitas  
que es un primor; y nos echa  
unas pullas!...—Ayer vino  
de visita una marquesa.  
«¿Qué hay de nuevo?» preguntó  
el ama, y ella contesta:  
«que Pablo ha tronado y dicen  
que vendió su última dehesa  
para comprar una quinta  
de recreo. ¡Qué ocurrencia  
de muchachol!» ¡Nos dió un susto  
de mi flor!

ROBERTO. (Inquieto.) ¿Y la Condesa?...

RAMONA. Ya se vé, como de todo  
quiere sacar consecuencias  
para su avio, se puso  
muy pensativa.

ROBERTO. ¿Y sospecha?...

RAMONA. Nada. Sabe que vendió:  
nada más.

ROBERTO. ¡Ah!

RAMONA. ¿Y á qué fecha cumple el plazo?

ROBERTO. (Desentendiéndose.) No recuerdo...

RAMONA. (Sorprendida.)

Señor, ¿usted no recuerda?...

(Suena una campanilla.)

¿Qué le ocurrirá?... ¿que suele tener unas ocurrencias!...

ROBERTO. Anda á ver...

RAMONA.

Como á su lado

hay que usar tanta reserva, cuando una está con los socios

y puede hablar con franqueza, se esplaya y... (Suena la campanilla.)

¿Digo que usted la aguarda?

ROBERTO.

No corre prisa.

## ESCENA II.

ROBERTO, SABINO.

ROBERTO. (Mirando el reloj.)

Cada minuto me vale seis mil duros. ¿Quién pudiera sobornar al tiempo!

SABINO. (Después de mirar á Roberto.)

¡El hombre!...

Veremos... ¡Ejem! (Tosiendo.)

ROBERTO.

¿Quién llega?

¿Y don Pablo?...

SABINO.

Ahora lo he visto.

ROBERTO. ¿Busca dinero? ¿Lo encuentra?...

SABINO.

No hay que asustarse. Lo dejo metido en casa, y no piensa en tal cosa.—Desde que hizo el trato de retro-venta, aborrece las cuestiones de dinero.—Sólo espera á ver si le sobra algo de la fianza y la hacienda

se lo devuelve, y con eso  
quiere vivir en su tierra...

ROBERTO. Y dí: ¿no se comunica?

SABINO. ¡Qué! Con nadie: ¡bueno fueral...

Él está endeblillo: el médico  
ha mandado que no tenga  
fuertes impresiones. Yo,  
que no olvido la receta,  
y de sus pocos criados  
soy el que está más alerta,  
vá un amigo, lo despido  
y me aguanto; vá una esquila,  
la rompo; y así no tiene  
ninguna impresion violenta.  
Hoy quiso salir de casa...

ROBERTO. ¿Y salió?

SABINO. No: la cabeza  
le empezó á doler: vestido  
se echó en la cama: las puertas  
he cerrado, y aquí vengo,  
y allí lo dejo que duerma.

ROBERTO. (Ya es seguro... ¡Qué primada!  
¡Ofrecerles la tercera  
parte!... ¡y por menos!... ¡Si soy  
un perdido!...)

SABINO. Y doña Petra,  
¿ha bajado? Traigo el parte.

ROBERTO. ¿Qué parte?

SABINO. Yo le doy cuenta  
diaria de lo que pasa  
á mi amo.

ROBERTO. Pues se inquieta  
sin motivo, porque el plazo  
aún no cumple...

SABINO. ¿Cuánto resta?

ROBERTO. Lo ménos una semana.

SABINO. ¿Una semana?

ROBERTO. Sí.

SABINO. (Despues de mirar su reloj.)

y cinco minutos.

ROBERTO. ¿Sabes?...

SABINO. (Sonriendo.)

Quizás usted no lo sepa.

ROBERTO. ¿Por qué se lo has ocultado?...

SABINO. Y usted, ¿por qué lo reserva?

ROBERTO. Yo por...

SABINO. ¿A que soy capaz  
de adivinarlo?

ROBERTO. ¿De veras? (Pausa.)

SABINO. Si el negocio aún para cinco  
es tan magnífica breba,  
dígame usted: ¿qué sería  
para dos?

ROBERTO. ¡Ah, pilló!...

SABINO. ¿Eh?

ROBERTO. Deja...

(Mira en un momento todas las puertas desde el centro del Teatro.)

Y es verdad. ¿Qué han hecho ellos  
para tanta recompensa?

SABINO. Quedarse cuatro minutos  
perláticos y sin lengua.

ROBERTO. ¿Y han de doblar treinta veces?...

SABINO. Es un cargo de conciencia.

ROBERTO. Yo... si vendieran su parte...

SABINO. Repartámonos la presa.  
Para usted el matrimonio  
y para mí la doncella.

ROBERTO. Hay manera de obligarles  
á soltar...

SABINO. Pues quizás sea  
la que yo he pensado.

ROBERTO. A ver

si adivinas la manera.

SABINO. Estos partes que yo traigo  
de don Pablo, según sean  
adversos ó favorables,  
pondrán el papel moneda  
en alza ó baja. Lo mismo

que en la Bolsa.

ROBERTO.

¡Bien empiezas!

Sigue.

SABINO.

Sí hoy llego y le digo:  
«nos quedamos sin la dehesa:  
don Pablo pronto reúne  
los quince mil;» y usted llega  
sin saber esto, y les dice  
que aún falta semana y media  
para que el plazo se cumpla,  
y en seguida manifiesta  
intenciones de comprar  
su parte, como ella piensa  
que está perdido... en tomando  
más de lo que dió, la suelta.  
Ramona, con el ejemplo,  
ya la estoy viendo deshecha  
por vender. Si yo le digo  
que hay un tonto que desea  
comprar su parte en el doble  
de lo que ella ha dado... acepta.  
Y como yo soy el tonto,  
la compro con mano ajena.—  
Usted me dará el dinero  
que cueste, y todo se arregla  
entre los dos. Esto es lícito;  
estas son las contingencias...  
Señor, ¿en qué sociedad  
los socios no se codean?  
Esto es natural. Yo veo  
que los negocios empiezan  
por muchos, y poco á poco  
entre poquitos se quedan.  
(Pausa en que los dos se miran con satisfaccion.)  
¿Qué tal?

ROBERTO.

Salud al futuro  
capitalista!

SABINO.

Así sea.

ROBERTO.

Sin pérdida de momento  
das la noticia funesta,

el parte triste.

SABINO. Ahora mismo.

ROBERTO. ¿Vienen?...

SABINO. Sí.

ROBERTO. Que no nos vean...

SABINO. Para usted el matrimonio  
y para mí la doncella.

### ESCENA III.

ROBERTO, PETRA y GASPAB.

ROBERTO. (Mira el reloj y dice con alegría.)

Ya estará la escribanía  
cerrada.

GASPAR. (Amostazado.) Chico, ¿tú intentas  
perderme?

ROBERTO. (Alarmado.) ¿Qué estás diciendo?

PETRA. Hola, Roberto...

ROBERTO. Adios, Petra.

GASPAR. Has extendido la voz  
de que he logrado una inmensa  
ganancia en un gran negocio...

ROBERTO. Hombre, el negocio lo esperas.

GASPAR. No está hecho, y ahora mismo  
dos personas, cuya hacienda  
administro, y á quien debo  
mil atenciones, me ruegan  
que les preste cantidades...  
¡y no las tengo!...

ROBERTO. Y ¿te alteras  
por eso?

GASPAR. ¿Y no me creerán:  
y será fácil que pierda  
su administración!...

ROBERTO. (Dió lumbre.)

PETRA. Diga usted, ¿cuándo se cierra  
el plazo? ¿Cuándo salimos  
de angustias?

ROBERTO. Ya... poco queda.

PETRA. ¿Quizás mañana?!...

ROBERTO.

Ocho días.

PETRA. ¡Ocho más!...

GASPAR. ¡Maldita sea  
la hora!...

PETRA. Calla.

ROBERTO. Si tanto

este negocio te pesa,  
yo te compraré tu parte.

GASPAR. Yo...

PETRA. (Interrumpiéndolo.)

¿Le es á usted tan molesta  
la compañía? —

ROBERTO. No insisto.—

Mientras sale la Condesa,  
voy á entrar en su despacho.

PETRA. Bien.

ROBERTO. Á poner cuatro letras.

(Él vacila, y ella vende  
en cuanto sepa la nueva.)

#### ESCENA IV.

PETRA, GASPAR.

PETRA. ¿Ves? Compra. Buen testimonio  
de que ya seguro es  
el negocio.

GASPAR. Y tú ¿no ves  
que á mí me lleva el demonio?

PETRA. ¡Gaspar!...

GASPAR. Y ¿no te estremece  
esa mujer casi loca,  
pendiente de nuestra boca,  
que sellada permanece?

PETRA. ¿No ves que son dos millones  
y medio, solo tu parte;  
que estás expuesto á quedarte  
sin dos administraciones;  
y que tambien la Condesa  
la suya te ha de quitar?  
¿De qué vivimos, Gaspar,

- si se malogra la empresa!
- GASPAR. ¡Oh! sí. Pero en tí, ¿no labra su dolor? ¿No te remuerde?...
- PETRA. ¿Y quién su negocio pierde por decir una palabra!—  
Piensa en nuestro porvenir.  
Ya no me quieres, Gaspar. (Acariciándole.)
- GASPAR. (¡Mi crimen fué comenzar, y mi castigo seguir!)
- PETRA. ¡Y vacilas!...
- GASPAR. ;Yo sentencio á la deshonra y el llanto, á quien quiero y debo tanto! ¡Si es horrible!...
- PETRA. ;Ella! ;Silencio!
- (Ramona arrolla con una mano la portier de la primera puerta de la izquierda, y pone un dedo de la otra en la boca, indicando que callen.)

## ESCENA V.

DICHOS, la CONDESA y RAMONA.

- CONDESA. Hola, buena gente.
- GASPAR. (Con alegría.) (Creo, que más aliviada está.)
- PETRA. ¿Te sientes bien?
- CONDESA. ;Cómo os va desde anoche que no os veo?
- PETRA. Muy bien.
- CONDESA. ;Las noches pasais en un sueño?
- PETRA. Si.
- GASPAR. ;Y la enferma?...
- CONDESA. Es raro que yo no duerma y que vosotros durmais!
- RAMONA. (Ya empieza.)
- CONDESA. ;Qué feliz eres!  
¿Duermes bien?
- PETRA. Pues no te digo que sí?

- CONDESA. ¿No sueñas conmigo.
- PETRA. No tal.
- CONDESA. ¡Qué poco me quieres!  
(De pronto á Gaspar.)  
¿Y usted sueña?
- GASPAR. Yo...
- PETRA. (¡Se altera!)
- CONDESA. ¿No sueña usted?
- GASPAR. Yo... si yo...
- CONDESA. Desde que tanto calló  
no dice palabra entera.  
Parece que tiene un nudo  
en la lengua.
- GASPAR. (Queriendo reirse.) ¡Qué locura!
- CONDESA. ¡Pobrecito! Si esto dura,  
se me queda tartamudo.  
¿Ramona? Ven.
- RAMONA. (¡Madre mía!)
- CONDESA. Ven.
- RAMONA. (Si me apura me pierdo.)
- CONDESA. Yo tengo un vivo recuerdo  
de aquel cuadro... de aquel día  
En tanto que yo pedí  
cuentas de mi honor en vano,  
por los dedos de la mano  
tú echabas cuentas... así... (Lo hace.)  
¿Es verdad?
- RAMONA. Tengo una idea...
- CONDESA. ¿Qué contabas?
- RAMONA. No sé bien.
- CONDESA. Recuerda.
- RAMONA. Yo... yo...
- CONDESA. ¡Ay! ¡tambien  
Ramona tartamudea!...  
¡Já, já! ¡Qué escena tan bella  
cuando todos os quedeis  
tartamudos!...  
(La observan todos con gran inquietud.)  
No tembleis,  
que esta risa no es aquella.

¡No! Sí ya tengo valor  
 para todo; ya estoy firme...  
 Morirme... solo morirme  
 no me diera gran dolor;  
 porque ya veis que no puedo  
 ser mujer más desdichada;  
 pero á morir deshonrada,  
 la verdad, le tengo miedo.  
 Como hoy mi afrenta es segura,  
 dirán, mirando mi losa,  
 que mi vida escandalosa  
 me labró la sepultura.  
 Y ya veis, esto es capaz...  
 Hoy no vivo ni sosiego,  
 y que no me dejen luego  
 tampoco dormir en paz!...

PETRA. Vamos, cálmate; detén  
 el llanto: mira por ti;  
 no te apures.

CONDESA. ¡Esta sí  
 que habla claro y duerme bien  
 ¿Lees periódicos?

PETRA. Á veces.

CONDESA. ¿Tienes afición...

PETRA. Si tal.

CONDESA. Á la seccion criminal? (Pausa corta.)

¡Petrita, que palideces!...  
 ¿Leiste cierta desgracia  
 en que hubo envenenamiento,  
 y venta, y un documento...  
 ¿cómo era?... á carta de gracia.—  
 Dieron muerte al criminal;  
 garrote: ¿sabes?

PETRA. No sé...

CONDESA. Pues aquí te traigo...

PETRA. (Asustada.) ¡Qué!

CONDESA. La acusacion del fiscal.  
 ¡Y qué bien pide justicia!  
 Y pinta al pobre labriego  
 juntando el dinero, y luego

la inquietud y la avaricia  
del verdugo, y pide en precio  
de sus maldades, la muerte.  
Pues que tanto te divierte  
esta sección, lee de recio.  
Lee.

PETRA. ¿Yo?...

CONDESA. Parece que mengua  
tu audacia.—Venid los dos.  
Lee.

PETRA. Si, sí... (Se le cae el periódico.)

CONDESA. ¡Gracias á Dios  
que te se traba la lengua!...—  
Pablo vendió... La escritura,  
(Cambiando de tono.)  
¿en qué forma... cómo es?

GASPAR. ¡Señora!... (Va á arrodillarse.)

PETRA. (Pasando repentinamente á su lado.)

¡Calla! ¿No ves  
que alimentas su locura?

CONDESA. ¡Locura!...

PETRA. La convulsion  
te amaga: ten caridad:

CONDESA. ¡Inicuos!... (Si, sí; es verdad:  
(Conteniéndose.)  
no perdamos la razon.  
Lo quieren...)

RAMONA. Tomo que ahora...

(Ramona y Gaspar observan con inquietud y lástima  
á Isabel.)

## ESCENA VI.

DICHOS, y SABINO, que entra muy de quedo y toca á PETRA  
en el hombro.

SABINO. ¡Chis!

PETRA. ¡Calla!—¿Qué cara es esa?

SABINO. Nos quedamos sin la dehesa.  
Todo se perdió, señora.

PETRA. ¡Qué!

- SABINO. Que mañana un amigo  
dá la suma.
- PETRA. ¡Y tanto anhelo!...
- SABINO. No hay más.
- PETRA. Castigo del cielo,  
¡pero qué horrible castigo!
- SABINO. ¡Prudencia! De cierto modo  
podemos sacar bocado.  
Don Roberto...
- PETRA. Ese malvado  
tiene la culpa de todo.
- SABINO. Del caso ignorante está.
- PETRA. ¡Pues calla! ¿Quiere comprarte?...
- SABINO. ¡Eso!... le vendo mi parte.
- PETRA. Calla y vende.
- SABINO. (Venderá.)

## ESCENA VII.

DICHOS, ménos SABINO.

- PETRA. (¡Qué inútil crimen!)  
GASPAR. ¿Y puedes  
sufrir tan enorme peso?
- PETRA. ¿Isabel?
- CONDESA. ¿Qué?
- PETRA. Te confieso  
la verdad, si nos concedes  
tu perdon.
- CONDESA. Sí; mi perdon...  
habla: no te quedes muda.
- RAMONA. (¡Ay, me alegro!)
- GASPAR. (¡Dios sin duda  
le ha tocado al corazón!)
- CONDESA. Mostrad la red en que presa  
me teneis. Dadme la vida.
- PETRA. Sí; Pablo tiene vendida  
(Con expresion de vergüenza y arrepentimiento.)  
á retro-venta una dehesa.
- CONDESA. ¡Ah! ya...
- PETRA. Roberto compró

y á nosotros nos dió parte,  
y dijo que de casarte  
con Pablo... perdiamos...

CONDESA.

¡Oh!

¡Mi sospecha!...

PETRA.

Ya verás

que siento haberte ultrajado.

CONDESA.

¿Y no habeis envenonado  
á Pablo? No falta más.

Ni áun eso falta.

GASPAR.

¡Por Dios!...

¡Yo he condenado y condeno  
mi crimen!...

(Cae á sus piés: Petra se cubre el rostro con las ma-  
nos: Ramona se enjuga los ojos.)

CONDESA.

¡Qué más veneno

que el que tenemos los dos! (Pausa.)

Y matan á aquel... (Señalando el periódico.)

Y en calma

quien igual delito emprende

vive, que la ley defiende

el cuerpo, pero no el alma.

No hay diferencia en los dos

delitos, y en la sentencia

á uno muerte, á otro opulencia...

Pero ¿qué importa? ¡si hay Dios!

De mundo tan justiciero

nada aguardo.—En tí, Dios mío,

en tí nada más confío;

tú me salvarás: lo espero.—

Decid: ¿el plazo ha espirado?

PETRA.

No.

CONDESA.

¿Qué falta?

PETRA.

Una semana.

CONDESA.

¡Oh! pues en vano se afana

la codicia del malvado.

¡Yo soy rica! y haré yo

que mi Pablo... ¡ay, desdichada!...

de una mujer deshonorada

no admite favores, ¡no!

PETRA. Roberto de tu inocencia  
tiene la prueba cumplida.

CONDESA. ¡Sí!...

PETRA. Pedirá...

CONDESA. Que me pida  
mi fortuna, mi existencia.

PETRA. Está en casa y quiere hablarte.

CONDESA. Idos, idos sin demora.

GASPAR. Y yo al momento, señora,  
le voy á vender mi parte.

PETRA. Si él descubre, dará traza...

CONDESA. No. Mas por Dios que vendais,  
que os tiemblo mientras tengais  
en la boca esa mordaza.

### ESCENA VIII.

La CONDESA, despues ROBERTO.

CONDESA. Ya sé el mal que me atormenta.  
Aún verlos se me figura  
negociar mi desventura,  
sumar y restar mi afrenta!...  
Esa prueba... ¿De qué modo?...

ROBERTO. (La ocasion es oportuna:  
hoy me ayuda la fortuna  
y debo intentarlo todo.)  
Condesa... ¿Qué tal?

CONDESA. Mejor.

ROBERTO. A curar á usted me obligo  
por completo.

CONDESA. ¿Sí?

ROBERTO. El amigo  
va á convertirse en doctor.  
Á usted le quita la vida  
la calumnia.

CONDESA. ¿Quién lo ignora?

ROBERTO. Pues respire usted, señora,  
¡la calumnia está vencida!

CONDESA. ¡Ah! ¿Cómo?...

ROBERTO. He luchado á muerte;

pero he sabido vencer,  
y he callado hasta poder  
hablar á usted de esta suerte.  
Andrés...

CONDESA. ¡Ah! (Con repugnancia.)

ROBERTO. Despues de aquello,  
me escribió la verdad clara.

Quiso que yo negociara  
en su favor su atropello.

CONDESA. ¿Y escribe la verdad?...

ROBERTO. Toda;

que el escándalo movió  
porque el escándalo y yo  
concertáramos su boda  
con usted; que estuvo allí  
solo.

CONDESA. ¿Eso dice! ¡Y la carta!...

¿Quién la tiene?

ROBERTO. No se aparta  
un solo instante de mí.

CONDESA. ¡Ah! ¡venga, venga al instante!...

Por Dios, que no pase un día...

ROBERTO. ¡Calmal Si hay más todavía.

CONDESA. No: si con eso es bastante.

ROBERTO. He comprado documentos  
que comprometen á Andrés,  
y el brillante jóven es  
huésped en estos momentos  
de la cárcel. Así muere  
su crédito; así evita  
las dudas; así acredita  
lo que en la carta refiere,  
y quedan ustedes dos  
en el puesto merecido.

CONDESA. ¡Ay! Dios de usted se ha valido,  
Roberto; gracias á Dios.

ROBERTO. He buscado con afan  
á todos nuestros amigos,  
á los que fueron testigos  
de aquel lance; aquí vendrán;

que los traigo á que proclamen  
el triunfo. (Con entusiasmo.)

CONDESA. ¡Virgen María!...

Yo tambien de parte mia  
haré que á todos los llamen.

ROBERTO. Sabrán la prision de Andrés;  
verán su firma y su letra.

CONDESA. ¡Gracias! (Estrechándole una mano.)  
(Si es bueno; si Petra  
me ha engañado.)

ROBERTO. Y yo despues.  
para que ni al más villano  
quede la duda menor,  
yo, que soy hombre de honor,  
á usted pediré su mano.

CONDESA. (¡Ah! Ya comprendo...) (Pausa.)

ROBERTO. Usted vea  
si el hombre que ha obrado así...

CONDESA. (¿Cómo decirle que si  
de modo que él me lo crea?)

ROBERTO. ¿Qué ha hecho Pablo, que jamás  
mereció tanta ternura?

CONDESA. (¡Eh! ¡valor!...)

ROBERTO. Con su locura  
perder á usted. ¿Ha hecho más?  
Veremos si usted resuelve  
tratar con mejor agrado  
al que su honor le ha quitado  
que al que su honor le devuelve.

CONDESA. Él ya no trata de amor;  
pues como pobre se mira  
y teme al mundo, no aspira  
á nada.

ROBERTO. Tanto mejor.

CONDESA. Mas estas cosas conviene  
tratarlas... yo... bien se vé  
mi posicion: yo no sé  
la posicion que usted tiene. (Pausa.)

ROBERTO. (Cuando empobreció su amante  
lo trató con esquivéz:

bien lo recuerdo; y tal vez  
no soy rico lo bastante...)  
Diré sin reserva alguna...  
Mas calle usted...

CONDESA. Mientras viva.

ROBERTO. Mi mayor fortuna estriba  
en que ignoren mi fortuna.  
Yo no he heredado riquezas:  
he hecho alguna: ahora comienzo.

CONDESA. ¿Y cuánta?

ROBERTO. Si me avergüenzo  
de confesar mis flaquezas.—  
Se reduce mi caudal  
A dos millones.

CONDESA. No es mucho.

ROBERTO. Entro en negocios: soy ducho;  
y esto es un gran capital.

CONDESA. No es mucho.

ROBERTO. (Resentido.) Y mi posición  
es ménos, si usted me resta  
diez mil duros que me cuesta  
poner á Andrés en prisión.  
No espero que usted deduzca  
esta suma.

CONDESA. ¡Ah! no, señor.

ROBERTO. Y aún espero que en amor  
algun interés produzca.

CONDESA. Ya basta: usted no comprenda  
que soy avara.

ROBERTO. No. Es justo  
que tratemos... y yo gusto  
de que la gente se entienda.—  
Y un negocio que ya miro  
cercaño, que doy por hecho,  
puede darnos de provecho,  
seis millones!

CONDESA. (Fingiendo alegría.) ¡Seis!

ROBERTO. (Observando su alegría.) (Respiro.)  
(Pausa corta.)

El escribano al instante

vendrá, si aquí no se encuentra.

CONDESA. ¿Lo ha citado usted?

ROBERTO.

Sí. ¿Entra

ó nó?

CONDESA. Quo pase adelante.

ROBERTO. ¿Será tan feliz mi estrella?

CONDESA. ¿Pues qué más he de decir?

ROBERTO. ¡Oh! Voy á hacerlo venir,  
si no está en casa.

(Al desaparecer, examinando rápidamente á la Con-  
desa.)

(¡Y es bella!)

## ESCENA IX.

La CONDESA, despues GASPAS, RAMONA y PETRA.

CONDESA. ¡Y piensa que he de acceder!...

Soy avara: ¿por qué no?—

¡Prudencia! que tambien yo  
algun negocio he de hacer.—

Que escuche Pablo es preciso,  
de mi inocencia la prueba.

¿Qué causa habrá que le mueva  
á venir? ¿Con quién le aviso?

(Tira de un llamador y suena la campanilla.)

¿Vendrá?... Qué dulce contento  
cuando sepa lo que pasará...

Si estoy por ir á su casa  
yo misma...—¡Qué atrevimiento!...

¡Jesus!... Él duda, y si vé  
determinacion tan ruda

acrecentarán su duda  
los arranques de mi fé.—

¿Quién irá? ¡Dios de los buenos!

¿Ha vendido usted?... (A Gaspar.)

GASPAR.

Lo ansio.

CONDESA. (¡No! pues de ti no me fio.)

(Se adelanta y encuentra á Ramona.)

(Ni de tí.)

PETRA.

¿Qué?

CONDESA.

(De esta ménos.—

Mi mayordomo... Él me adora  
y llorará en mí demanda,  
y cualquier dureza ablanda  
un viejecito que llora.  
¿Quién mejor? Ese es mi socio,  
que á pesar de su edad fria,  
no comprende todavía  
lo que es hacer un negocio.)

## ESCENA X.

PETRA, GASPAS, RAMONA, ROBERTO.

PETRA. Despues de hablar con Roberto  
se queda contenta... Es raro.

GASPAR. ¿Y por qué?

PETRA. Roberto vuelve.

Dáme acá.

(Le coge el papel que tiene Gaspar en la mano.)

Yo haré el contrato.

RAMONA. Yo tambien quiero...

(Presentando otro papel que trae en la mano.)

PETRA. Pues guarda

el papel. Si vé que estamos  
resueltas, nos dará ménos.

ROBERTO. (Lleno de gozo.)

(¡Esto es hecho!... El Escribano  
dice que nadie, que nadie  
se presenta á hacer el pago.  
¡Y faltan trece minutos!  
Y se queda formulando  
mi escritura de esponsales...  
y á más estos desdichados  
hablaron ya con Sabino  
y venderán. ¡Oh!...)

PETRA. (Si lanzo  
la proposicion, me temo  
que sospeche.)

ROBERTO. (¿Y cómo trato  
la compra?... ¿Cómo dejarme

engañar sin escamarlos?)

RAMONA. (Aparte á Petra.)

Aprisa, que ya el negocio  
me pesa más que un pecado.

PETRA. ¿Roberto?

ROBERTO. Señora...

PETRA. Usted  
sabe el apuro en que estamos.  
Nos piden esos señores  
dinero...

ROBERTO. Sí; me hago cargo...

PETRA. No sabemos qué camino  
tomar...

ROBERTO. Pues, Petra, es bien llano:  
si ustedes venden la parte  
que les di, la compro.

PETRA. Harto  
lo siento; pero Gaspar,  
ya usted vé, se ha puesto malo...  
(Señalando á Gaspar, que está echado en una butaca.)

ROBERTO. ¿Es calentura el negocio?

RAMONA. (Casi, casi.)

PETRA. Como Pablo  
es su amigo...

ROBERTO. La salud  
es antes que nada.

PETRA. ¿En cuánto  
compra usted?

ROBERTO. Yo... doy el doble  
de lo que han puesto.

PETRA. ¿Qué parco  
es usted!

ROBERTO. Como el esposo, (Señalando á Gaspar.)  
señora, es tan delicado,  
cuanto más gane, serán  
mayores sus sobresaltos.

PETRA. Pero los que ya ha sufrido  
justo es que produzcan algo.

ROBERTO. Usted puso, deducida  
la parte de los muchachos,

cuatro mil duros. Doy doce.

RAMONA. (Ya triplica.)

PETRA. Hablemos claros.

Si el negocio se deshace,  
lo que hemos puesto sacamos.  
Cuando usted ofrece más...

ROBERTO. Juego un albur temerario.

PETRA. Sabe usted que es el negocio  
seguro, y en ese caso...

ROBERTO. Ese argumento me priva  
de ofrecer más.

PETRA. ¿Cómo?

ROBERTO. Es claro:

porque tendrá mayor fuerza,  
señora, si más me alargo.

PETRA. Si usted á los diez y seis  
llega...

ROBERTO. En los doce me planto.

RAMONA. (Aparte á Petra.)

Por Dios, señora, que temo  
que se arrepienta. (Suena una campanilla.)

ROBERTO. ¿Han llamado?

PETRA. (¡Si descubre que devuelve  
la suma!...)

ROBERTO. (¡Si algun acaso  
manifiesta que es seguro  
el negocio!... ¿Qué haré?)

PETRA. Vamos...

Gaspar repugna estas cosas,  
y acepto.

ROBERTO. No me retracto.  
Traiga usted el documento  
que les hice.

PETRA. Aquí lo traigo.

ROBERTO. Pondré un pagaré.

RAMONA. (Mostrando su documento.) Señor,  
este es el papel firmado  
por usted, al admitir  
mis ocho mil en el ajo.  
Vendo mi parte si usted

- me triplica.
- ROBERTO. No he tratado contigo.
- RAMONA. Pero...
- ROBERTO. (Indeciso.) (Es la presa de Sabino.)
- PETRA. Pues es raro que usted...
- ROBERTO. Vonga. (¿Quién rechaza lo que se viene á las manos?) Firmaré dos pagarés. (Se vá á la mesa, saca dos pagarés y los llena.)
- PETRA. ¿Pagarés?...
- ROBERTO. A corto plazo.
- PETRA. Bien.
- ROBERTO. Y en la plaza mi firma es dinero,
- GASPAR. (Si no acabo de comprender cómo pude callar... ¡Oh! ¡Cuando aquel cuadro me represento, se hiela mi sangre!... ¡Qué horrible pasmo sufrió mi concienical... Halléme convertido en un malvado.)
- ROBERTO. Tome usted.—Doce mil duros. (A Petra.) El tuyo de veinticuatro mil reales. (A Ramona.)
- RAMONA. (Guardándolo en el pecho.) (Si ahora me cae algun negocito manso...)

## ESCENA XI.

### DICHOS, SABINO.

- SABINO. Señores, está el salon lleno de gente.
- RAMONA. Es extraño...
- SABINO. (Despues de observar á Petra y Roberto.) (Esto me huele á... ¿Si el parte habrá ya fructificado?)

¿Ha vendido doña Petra?

RAMONA. Sí tal, y á precio bien alto.

SABINO. Hay un tonto que pretende comprar tu parte: volando, véndela.

RAMONA. Si la he vendido.

SABINO. ¡La has vendido! ¿Á Quién?

RAMONA. Al amo del negocio. A don Roberto.

SABINO. Dime: ¿y él te la ha comprado?

RAMONA. ¿Á que el tonto que decias eres tú?

SABINO. (Voy sospechando que es verdad.)

RAMONA. (Veré qué gente es esa.) (Sale.)

SABINO. (Aparte á Roberto.)

Doy por sentado que usted me traspasará la parte...

ROBERTO. Yo no traspaso nada: yo siempre negocio á todo riesgo.

SABINO. (Conteniendo la ira.) ¡Y el pacto!

ROBERTO. Estas son las contingencias... Ya sabes que al fin y al cabo estos negocios, Sabino, se quedan en pocas manos.

SABINO. Conque yo tracé...

PETRA. ¿No vendes, Sabino?

SABINO. (Furioso.) Si estoy rabiando por comprar; si están ustedes en habia; si para el plazo faltan solo ocho minutos. ¡Ocho!

PETRA. ¡Cómol (Se levanta Gaspar.)

SABINO. ¡Si don Pablo no pretende recobrar la finca, ni lo ha soñado!

- PETRA. (Llena de ira.)  
 ¿Con que usted?...
- ROBERTO. Y usted, señora,  
 ¿por qué vendió?...
- GASPAR. (Poniéndose en medio.) Basta; vamos.
- ROBERTO. Esto tienen los negocios.
- GASPAR. (A Petra que quiere hablar.)  
 Vamos fuera.
- SABINO. ¡Si hoy no bramo!...  
 (Vase Sabino.)
- ROBERTO. Suplico á ustedes que aguarden  
 en el salon. Hoy con datos  
 evidentes, con mil pruebas  
 irrecusables, rechazo  
 la calumnia de que es víctima  
 mi futura esposa. Hablo  
 de la Condesa.
- GASPAR. (¡Qué es esto!)
- PETRA. ¡Se casa usted!...

## ESCENA XII.

DICHOS la CONDESA.

- CONDESA. ¿Qué ha pasado  
 aquí?
- PETRA. Y ella aconsejaba  
 la venta... (Aparte á Gaspar.)
- GASPAR. ¡Imposible!...
- ROBERTO. (A la Condesa.) Gano  
 aún más de lo que creía  
 en el negocio.
- PETRA. Yo aplaudo  
 tu resolución.
- CONDESA. ¡Qué!...
- PETRA. Ya  
 que sé la boda, no extraño  
 que cuides los intereses  
 de tu futuro, y que tanto  
 empeño, tanta destreza

pusieras en obligarnos  
á vender...

ROBERTO. (¡Oh! ¡me ayudaba  
sin yo saberlo! ¡Qué hallazgo!)

CONDESA. Ya tú ves si es natural...

PETRA. No sé si es lícito, estando  
hecho el negocio; pues sabes  
que para cumplir el plazo  
faltan solo ocho minutos.

CONDESA. ¡Ocho!

PETRA. Méenos.

CONDESA. (¡Cielo santo!)

ROBERTO. (Observando su turbacion.)  
¿Isabel?...

CONDESA. (Conteniéndose.) Usted me dijo  
que era asunto terminado,  
y aún puede... (En tone de reconvenccion.)

ROBERTO. (Procurando tranquilizarla.) Si aún falta ménos  
de lo que dice...

PETRA. (A Gaspar.) ¡Insensato!...  
¿Ves?... Todos hacen negocio!...

GASPAR. ¡Es imposible!...

PETRA. ¡Oh! Salgamos  
de su presencia. (Salen Petra y Gaspar.)

ROBERTO. Si aquí  
me he traído al escribano  
que ha de recibir la suma,  
y nadie se ha presentado  
á entregarla.

CONDESA. (Fingiendo calma.) Pues entonces...

ROBERTO. Ni el mismo Pablo hace caso  
de tal cosa.

CONDESA. ¿No?

ROBERTO. En su casa  
está durmiendo.

BAMONA. (Saliendo.) Don Pablo  
pide licencia...

ROBERTO. ¡Ah!

CONDESA. (¡Valor!)

ROBERTO. ¡Si traerá!...

- CONDESA. No, no hay cuidado...
- ROBERTO. ¡Por qué!...
- CONDESA. (Tranquilizándolo.) Mandé que avisaran á todos los que se hallaron presentes...
- ROBERTO. ¿Sí?
- CONDESA. Y él sin duda vendrá como uno de tantos. Que pase adelante. (A Ramona.) Usted lo recibe. (Vase.)
- ROBERTO. Oigo sus pasos... (Entra Pablo.) Ya está aquí. ¿Traerá el dinero? ¡Sí no me atrevo á mirarlo!

### ESCENA XIII.

ROBERTO, PABLO.

- ~~PABLO.~~ No está. Esperemos. Gran Dios, ¿cuál es la prueba? ¿Cuál es?
- ROBERTO. (Mirando con ansia el reloj.) (Faltan tres... ménos de tres... ménos... ménos... casi dos.)
- PABLO. Tengo obligacion sagrada de escuchar su voz propicio, que el que no escucha dá indicio de que la maldad le agrada. Cumpliré mi obligacion... El viejecito exclamaba: «¡Es imposible!» y lloraba y no daba más razon. Y por más que me avergüence sigue el alma en sus prisiones, y tampoco dá razones, y tampoco se convence!... ¡Oh Dios!... ¡aunque huya de mí, aunque dichosa la vea en brazos de otro, que sea tan pura como creí:

- y líbrame del rubor  
que enrojece mi semblante  
de ser silencioso amante  
de una mujer sin honor!...  
Ya tarda: ¿por qué motivo  
esas pruebas me demora?  
(Se acerca á Roberto.)
- ROBERTO. (¡Oh! si pasada la hora  
me lo dá no lo recibo.)
- PABLO. ¿Roberto?...
- ROBERTO. (Con voz alterada.) ¿Qué es lo que quieres?  
¿A qué vienes á esta casa?  
¿Me buscas á mi?
- PABLO. ¿Qué pasa  
para que tanto te alteres?
- ROBERTO. (No trae nada.)  
(Pausa; un reloj de timbre dá las doce.)  
(Esa es... esa  
la hora!!...) Pablo, ya es mía  
la dehesa.
- PABLO. (Con abatimiento.) Cierto: hoy cumplía...
- ROBERTO. (Respira.) (Con la mano en el corazón.)
- PABLO. Tuya es la dehesa.
- ROBERTO. Me alegro de mi ganancia,  
(Tomando su tono habitual.)  
y siento que hayas perdido.
- PABLO. Ya sí que por algo he sido  
tu amigo desde la infancia.
- ROBERTO. Calma tu rencor profundo,  
pues sin razón me aborreces;  
ya es necesario que empieces  
á saber lo que es el mundo.  
Gaspar se llama tu amigo;  
la Petra te quiere bien,  
y á pesar de eso también  
tomaron parte conmigo  
en el negocio.
- PABLO. ¡Tomaron  
parte!...
- ROBERTO. Y Sabino, ¿y qué más?

hasta Ramona; y quizás  
por eso todos callaron,  
cuando la pobre Condesa...

PABLO. ¡Qué!...

ROBERTO. Ya la vieron casada  
contigo y desempeñada  
con su fortuna tu dehesa.  
Todo se dá á Belcebú  
cuando media el interés.

PABLO. ¡Callaron!...

ROBERTO. Este que ves  
es el mundo.

PABLO. ¡Eso eres tú!  
Si esa maldad tan cruel;  
si avaricia tan grosera  
fuera el mundo, yo tuviera  
vergüenza de estar en él...  
¿Y la Condesa?... (Buscándola impaciente.)

ROBERTO. De aquí  
salió; mas si algo la quieres,  
á mí me ha dado poderes  
para recibirte.

PABLO. ¡Á tí!

ROBERTO. ¿Lo dudas, y á enmendar vengo  
el daño que tú has causado?...  
Yo las pruebas he buscado  
de su inocencia y las tengo.  
Tú ya estabas decidido  
á renunciar á su amor;  
yo que vuelvo por su honor,  
en cambio su mano pido.

PABLO. ¡Y ella!...

ROBERTO. Por muchas razones  
que sólo en tí no hacen mella...

PABLO. ¿Ella acepta?...

ROBERTO. También ella  
atiende á las posiciones.

PABLO. ¡Ella contigo se casa!...

ROBERTO. Ya soy rico, manifiesto  
su inocencia y...

PABLO. ¡Para esto  
me han sacado de mi casa!  
¡Huyamos!... que en su presencia  
no seré dueño de mí.

CONDESA. ¿Pablo?... (Saliendo.)

PABLO. ¡Su voz!...

CONDESA. Hoy aquí  
se demuestra mi inocencia:  
perdone usted si un momento  
á detenerse le obligo.

PABLO. Sí tal, y seré testigo  
de todo y del casamiento.

(La Condesa se dirige á la puerta del fondo, ésta se abre y aparece el salon lleno de genta.)

### ESCENA ÚLTIMA.

La CONDESA, PABLO, ROBERTO, GASPAR, PETRA,  
GABINO, RAMONA, un ESCRIBANO, SEÑORAS,  
y CABALLEROS.

ROBERTO. (¡Hoy cuánta envidia provocho  
con mi fortuna sin tasa!)  
Señores...

PABLO. (Si esto que pasa  
no es infame, yo estoy loco.)

ROBERTO. Al mirarnos juntos... creo  
que en las Provincias estamos.  
Casi casi nos hallamos  
los mismos. Sólo no veo  
á Andresito: el pobre mozo  
ni ha venido ni vendrá,  
porque á estas horas está  
durmiendo en un calabozo.

PETRA. ¿Preso Andrés?

ROBERTO. Y ha de tardar  
en salir, segun recelo.

PETRA. ¡Preso! Será por un duelo.

ROBERTO. Por delito más vulgar.  
Cuestion de ochavos.

PETRA. ¡Oh!

ROBERTO.

Sí.

Si ya se hallaba arruinado;  
 bien lo prueba el atentado  
 que juntos nos tiene aquí.  
 Una noche esta señora  
 (Todos le escuchan con gran interés.)  
 pasó en el cuarto de Petra:  
 lo sabe Andrés, y penetra  
 en su aposento á deshora.  
 Y aunque lo urdió de manera  
 que otra cosa parecía,  
 sólo su infame osadía  
 tuvo allí por compañera.  
 Señores, y es lo peor  
 que lo hizo con el intento  
 de obligarla al casamiento  
 por medio del deshonor.  
 (Movimiento de indignación en el corro.)  
 Queriendo que por su cuenta  
 trabaje yo como amigo,  
 de la suerte que lo digo  
 en esta carta lo cuenta.

PABLO.

¡Escribel!

ROBERTO.

Mostrarla quiero  
 á todos, si duda cabe,  
 tratándose de quien sabe  
 estafar honra y dinero.  
 No más que el vil interés  
 (Entrega la carta, que corre de mano en mano.)  
 medió en aquella cuestión.

PABLO.

(Y por la misma razón  
 estos callaron después.)

ROBERTO.

Sepan ustedes ahora  
 que yo recibo la mano...

CONDESA.

Y usted, señor Escribano,  
 ¿nada dice?

ESCRIB.

Sí, señora.  
 Antes que el plazo cumpliera  
 un minuto...

ROBERTO.

¡Cómo! ¿Qué?

- ESCRIB. He recibido, y doy fé,  
los quince mil; ya está fuera  
de trabas y compromiso  
la dehesa.
- ROBERTO. ¿Es esto verdad?  
¿Pablo dió la cantidad?
- ESCRIB. No, señor; ni era preciso.  
Otro en su nombre lo ha hecho,  
y es igual para el contrato;  
este es el *cuasi mandato*  
de que nos habla el derecho.  
Tiene usted desempeñada  
su finca, y ante escribano.
- PABLO. ¿Qué mano ha sido? (Con reserva á la Condesa.)
- CONDESA. (Del mismo modo.) Esta mano,  
que ya sabes que es honrada.  
Calla.
- ROBERTO. Y usted cautelosa  
vendió con seguridad...
- PETRA. Una cosa es la amistad  
y el negocio es otra cosa.
- ROBERTO. (Y vengo á perder!...)
- PETRA. ¡Que el vil  
nos reprenda y nos acuse! (Aparte á Gaspar.)
- SABINO. Saco los doce que puse. (Abismado.)
- RAMONA. Pues yo veinticuatro mil.
- ROBERTO. En fin, no es motivo este  
para romper el concierto.
- CONDESA. Poquito á poco, Roberto;  
deje usted que sume y reste.  
Cuando usted juzgó el proyecto  
seguro, lo hice mi socio;  
pero, amigo, este negocio  
ya va cambiando de aspecto.  
Como Pablo sube en renta  
lo que usted baja...
- ROBERTO. (¡Oh, qué red!)
- CONDESA. ¿Quién puede dudar que usted  
(Con el mayor desprecio.)  
á mí no me tiene cuenta?

Y siendo él rico y yo honrada,  
y estando de amores loco,  
¿quién puede dudar tampoco?...  
¡Pablo mío! (Se abrazan.)

PABLO. ¡Prenda amada!

SABINO. Chica, serás mi parienta;  
ya sabes que te idolatro.

RAMONA. Tú doce... yo veinticuatro...  
Chico, no me tienes cuenta.

CONDESA. Para administrar mis bienes,  
¿quién mejor que mi marido?  
Y el cuarto que habeis vivido  
de balde...

PETRA. ¿Qué? ¿tambien tienes  
la crueldad...

CONDESA. Sí, desde ahora  
quiero que rente: lo siento,  
pero, hija, el tanto por ciento  
es una razon traidora.  
Cuando á todo poderoso  
llega el interés inmuudo,  
ya lo ves, nadie en el mundo  
puede vivir con reposo.

RAMONA. Por Dios... Calme usted su oncono:  
no es malo mi corazon;  
pero me cogió la accion  
el negocio...

CONDESA. ¡Eh!... te perdono.

RAMONA. ¡Ah!...

CONDESA. Y á vosotros tambien.

PABLO. ¿Olvidas tanto dolor?...

CONDESA. ¿Quién puede guardar rencor  
en medio de tanto bien?  
Me ofendisteis de mil modos.

GASPAR. Venga á usted la pena mia.

CONDESA. Mis lágrimas de alegría  
os purifican á todos.

PETRA. ¡Gracias!

CONDESA. Vivirás en calma,  
si llegas á comprender

que ese afán de enriquecer  
 el cuerpo á costa del alma;  
 ese universal veneno  
 de la conciencia del hombre,  
 que nos tapa con el nombre  
 de negocio tanto ciego!...

Codicia que nunca está  
 saciada y siempre anhelante;  
 si en el hombre es repugnante,  
 en la mujer ¿qué será?

Y hay negocios, si por Dios,  
 muy justos: no los igualo  
 todos. ¿Verdad que no es malo  
 el que hemos hecho los dos?  
 Ya eres rico.

PABLO.

Ya no quiero...

CONDESA. Pues yo me alegro en verdad,  
 que á quien tiene caridad  
 jamás le estorba el dinero.

PABLO. Yo de gastarlo respondo,  
 mi bien, mirándome en ti.

CONDESA. ¡Ay, Pablo mío! este sí  
 que es un negocio redondo!

*Verse  
 Lucio e  
 andrino*

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.  
Madrid 16 de Mayo de 1861.

El Censor de teatros,  
ANTONIO FERRER DEL RIO.